

GRANDEZA Y MISERIA DE LA PREHISTORIA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 1948
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. LUIS PERÍCOT Y GARCÍA

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. TOMÁS CARRERAS Y ARTAU



BARCELONA
TIPOGRAFÍA EMPORIUM, S. A.

1948

GRANDEZA Y MISERIA DE LA PREHISTORIA

GRANDEZA Y MISERIA DE LA PREHISTORIA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 1948
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. LUIS PERICOT Y GARCÍA

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. TOMÁS CARRERAS Y ARTAU



BARCELONA
TIPOGRAFÍA EMPORIUM, S. A.

1948

EXCELENTÍSIMO SEÑOR,
ILUSTRES SEÑORES,
SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS, SEÑORES:

Si no tuviera perfecta conciencia de mis pobres méritos, hoy caería en el pecado de vanidad, pues si desde muy joven soñé con lograr un puesto en la investigación de temas históricos y alcanzar el profesorado universitario, nunca imaginé que algún día, cuando ya el trabajo científico mengua por la imposibilidad de sostener el esfuerzo inicial, me cabría el honor de ser llamado a compartir las tareas de una Real Academia que cual la que ahora me acogé en su seno, cuenta con siglos de existencia y tiene un historial repleto de glorias y de la que ya en 1930 me cupo la satisfacción de ser designado miembro correspondiente en Valencia.

Y aunque sé que no son los frutos de mi esfuerzo mental los que premiáis, sino la circunstancia afortunada de habermé deparado la Providencia hallazgos arqueológicos inesperados, mi gratitud hacia vosotros no es menos honda y sincera y he de considerar en adelante el pertenecer a esta Corporación como uno de los mejores títulos de que pueda envanecerme.

*Elogio de don
Francisco Carreras Candi*

Sobrecoge más mi ánimo, un tanto temeroso al presentarme con mis pobres palabras ante un auditorio como el aquí reunido, el pensar que vengo a substituir a un varón insigne, D. Francisco Carreras Candi, al que su espíritu ciudadano y erudición suma convirtieron en uno de los puntales de la cultura barcelonesa durante varios decenios. Carreras Candi fué uno de esos eruditos polifacéticos de que nuestra ciudad ha producido algunos ejemplos, y que sobresalió como especialista en ramas muy diversas de la investigación (1).

(1) La relación que sigue de los trabajos más importantes de D. Francisco Carreras Candi, ha sido elaborada tomando como base las biografías publicadas a raíz de su muerte por Juan Amades en el «Boletín de los Museos de Arte de Barcelona» (febrero de 1937, vol. VII, pág. n.º 69, pág. 55) y por Pelegrin Casades y Gramatxes en el «Boletín del Centro Excursionista de Cataluña» (febrero de

Nacido en Barcelona el 4 de julio de 1862, se inició en la admiración y estudio del pasado en una escuela que en los años de su juventud iba tomando vuelos. Cobró pasión por el excursionismo al igual de tantos otros de su generación, una generación de la que puede decirse que descubrió a Cataluña. Que empezó muy pronto su constante peregrinación por tierras catalanas para admirar los vestigios del pasado, nos lo indica la anécdota relatada por Casades y Gramatxes, quien dice que debió ser en 1875 cuando le encontró en Castellón de Ampurias admirando

1937, año XLVII, n.º 501, pág. 36), las biografías publicadas en la Enciclopedia Espasa, cuyos datos como es costumbre debió facilitar él mismo (vol. XI, pág. 1329, vol. II del apéndice, pág. 1151, y apéndice de 1935, palabra *Filatelia*) y otras notas dispersas en parte facilitadas por sus familiares.

Cuando no se indica lo contrario debe entenderse que el lugar de edición es Barcelona. Se abrevian los títulos de las publicaciones periódicas, especialmente del «Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya» (B.C.E.) y del «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona» (B.A.B.L.).

Temas excursionistas:

- El castell de la Roca del Vallés*. B.C.E., I.
Excursió al Pallars Jussà o inferior y a Gerri de la sal. B.C.E., VI, pág. 173.
Excursió a Isona, Mur y Meyá. B.C.E., VII, págs. 241, 245.
Lo castell de Burriach o de Sant Vicents (Excursió, Historia, Tradicions). Mataró, 1908.
Excursió als orígens de la riera d'Argentona. B.C.E., XIII, XIV.
Excursió a Capri. B.C.E. XVIII.
Excursions per la Catalunya aragonesa y provincia d'Osca. Primera part: Somontano y Barbatania. 1909-1912.
Osca. Excursió artística per la ciutat. B.C.E., XIX.
Recorrent la comarca de Somontano. B.C.E., XX.
Excursió a Alquézar. B.C.E., XXI.
Excursió a la «Domus» de la Espinçella, a Viladrau. B.C.E., XXII, pág. 324.
Una excursió per la Barbatania. B.C.E., XXII.

Temas barceloneses:

- Lo palau reial y la obra de la Seu*. B.C.E., I.
Notes històriques de Sarrià, 1897.
Hegemonia de Barcelona en Catalunya durante el siglo XV. Discurso de ingreso en la R. Ac. de B. L. de Barcelona, 1898.
Bellesguart, Real Sitio de Martín I. B.A.B.L., I (1901-2), p. 55 (Miscelánea, I, p. 23).
Les Aigues y banys de Barcelona. B.A.B.L. II (1903-4), p. 115 (Miscelánea I, p. 183).
Lo Montjuich de Barcelona. Memoria leída en la R. Ac. de B. L. en 7 y 21 de junio de 1902. Mems. R. A. B. L., VIII (1904-5), p. 195.
Evolució històrica dels juheus y juheissants barcelonins. Est. Univ. Cat. III-IV, 1909-10.
Notes sobre los orígens de la enífiteusis en lo territori de Barcelona, 1910.
La ciutat de Barcelona (vol. V de la *Geografia general de Catalunya*), 1910.
Los leones de Barcelona, en *Miscelánea*, II, p. 57.
La Via layetana substituint els carrer de la Barcelona Mitgeval, 1913.
Les obres de la catedral de Barcelona, 1298-1445, B.A.B.L., VII (1913-14), págs. 22, 128, 302, 510 (*Miscelánea*, II, p. 193).
Lo retaule barceloní de la Santa Creu obra d'en P. Terrers y d'en F. Vergós. B.A.B.L., VII (1913-14), p. 217. (*Miscelánea*, II, p. 231).
Aprovisionamiento naval barcelonés en 1474, en *Miscelánea*, II, p. 241.
La «Creu Coberta» de Barcelona, B.C.E., XXIV, 1916.
Excursió retrospectiva a la vella Barcelona. B.C.E., 1916, ps. 141, 257, 281, 317.

el campanario de la catedral, llamándole la atención aquel adolescente que tan precoz afición histórica mostraba. Al año siguiente realizaba con su familia una excursión a Pau y a París. Se conserva, en el archivo de la familia, el relato del viaje, escrito por ese muchacho de catorce años recién cumplidos. Gracias a la amabilidad de aquélla he podido tener en mis manos ese Diario, redactado con la ingenuidad propia de los años, pero con un gran espíritu de observación y un cuidado por el detalle que presagian al erudito de años después.

Una exposició de plans de Barcelona. B.C.E., 1920, p. 113.

Notes preliminars a les Rubriques de Bruniquer.

La host barcelonina al Rosselló y sa bandera en la Mercé, 1793-4. Biblioteca de la Rev. Mercedaria. 1924.

La plaça de Catalunya. «El Imán», núms. 39, 40, 41. 1925.

Les dreçanes barcelonines. Sos inventaris i restauració. B.C.E., 1928, ps. 13, 60, 91, 138, 183, 210.

Com s'ha arribat al Liceu (prefacio al libro de M. J. Beltrán, *El gran teatre del Liceu a Barcelona, 1837-1930*). 1931.

Temas de Historia y Arqueología catalanas:

Homenatge a la memoria del rei Martí. B.C.E., I.

Argentona històrica, 1891.

Per a Joan Ferrer, militar y senyor del Maresme. 1892.

Lo castell de Bellpuig y la casa d'Altarriba a Vilatorrada. 1892.

Lo castell de Besora. Recull de notes y documents a ell referents. 1892.

Cabrera del Maresma. 1893.

Caldetas o Fantigua Quadra d'Estrac. Notes històriques. 1893. (Los cuatro últimos trabajos se reunieron en un *Petit aplech de monografies històriques*).

Restes romans a Traujà, en lo terme d'Argentona. B.C.E., III.

Crònica de la traslació de les despulles de Ramon Berenguer III lo Gran, comte sobirà de Barcelona, en 1893. Mataró, 1893.

El monasterio de Ripoll. Breve compendio de su Historia, 1893.

Ejemérides històriques de Cataluña. 1893.

Festes de la canonització de Santa Maria de Cervelló o del Socós en 1693. s. f.

Lo Castell de la Roca del Vallés. Estudio històric documental. 1895.

Lo capdill vigatà Bernat Guillem d'Altarriba. Jocs Florals de Barcelona, 1895.

Algunes notes històriques modernes del monestir de Gerri. B.C.E., VII.

Monedes incuses de Prat de Rey y Cervara. B.C.E., VIII, p. 70.

L'inventari del castell d'Aiguafreda. Cagliari, 1899.

Lo priorat de Bonrepòs y les pretensions de la mitra d'Urgell en 1786. B.C.E., IX, ps. 118, 137.

Numismática catalana. La secció de los «nummus missarum». Madrid, 1900.

Lo Castell-Bisbal del Llobregat. Apuntacions històriques de l'Edat Mitjana. 1900.

La institució del «castlà» en Cataluña. B.A.B.L., I, (1901-2), p. 4. (Miscelánea hist. cat., I, p. 1).

Palomas y palomares en Cataluña durante la Edad Media. B.A.B.L., I, (1901-2), ps. 201, 259, 345, 381. (Miscelánea, I, p. 45).

Un llibre de geomancia popular del segle XIII. B.A.B.L., I (1901-2), p. 325. (Miscelánea, I, p. 161).

Relaciones de los Vizcondes de Barcelona con los árabes. Del «Homenaje a Coderra». 1903. (Miscelánea II, p. 23).

Dólmenes en Piñana y Vilasar. B.A.B.L., II (1903-4), p. 88. (Miscelánea I, p. 175).

Entences y Templars en les montanyes de Prades (1279 a 1300). B.A.B.L., II (1903-4), p. 217. (Miscelánea, I, p. 209).

Orígens de la riera d'Argentona (estudi excursionistich-historich). 1904.

Excursió a la casa romana d'Ocata (Masnou). B.C.E., XIV, p. 25.

Siguendo su afán excursionista ingresó en 1881 en la «Associació Catalanista d'Excursions Científiques», de la que pasó a ser secretario en 1883. A él se debió, en 1887, la excursión a Pedret, que puede considerarse que inició la revalorización de nuestras pinturas murales. Los que le trataron entonces ponderan su entusiasmo, su bondad, sus dotes de organizador, servidas por un gran tesón y un incansable espíritu de trabajo. Eran los años en que una dualidad dentro del excursionismo catalán amenazaba interrumpir su próspero camino. Y Carreras Candi

- Encunyacions monetàries al Urgellet y Cerdanya. Edat moderna.* Rev. Ass. Arq. Barcelonesa, 1903-5.
- Caciquisme polític en lo segle XIII.* B.A.B.L., III (1905-6), ps. 18, 63, 134, 173, 284, 393, 413, 519.
- Espases meravelloses en lo regnat de Jaume lo Conqueridor.* «Rev. Hispanique», XV, N. York-Paris, 1906. Publicado también en «Lectura popular» n.º 257.
- Miscelánea historica catalana* (colección de trabajos que se citan por separado). Serie I, 1905. Serie II, de 1906 a 1918.
- La frontera oriental del comtat de Barcelona.* Miscelánea, II, p. 5.
- Lo siti de Balaguer del 1280.* Miscelánea, II, p. 33.
- Monedes del Urgellet.* Miscelánea II, p. 67.
- Política mitjaeval a Camarasa.* Miscelánea II, p. 97.
- Turbacions a Tarragona y altres llochs motivant encunyacions monetàries. 1462-1466.* Bol. Arq. Tarraconense. 1906.
- Alquézar sots domini dels prelats de Tortosa.* B.A.B.L., IV (1907-8), p. 193, (Miscelánea, II, p. 233).
- Significació general del centenari de Jaume I.* B.A.B.L., IV (1907-8), p. 265.
- Dietari de la guerra a Cervera, desde el 1462 al 1665.* 1907.
- Sant Martí i la sua catalana espasa.* B.C.E., XVIII.
- La cavalleria catalana y Sant Jordi en lo segle XIII.* B.C.E., XVIII.
- Redreç de la Royal Casa, ordenaments de Pere lo Gran e Anfós «lo liberal» (segle XIII).* B.A.B.L., V (1909-10), p. 97. (Miscelánea, II, p. 307).
- Primitius sepulcres cristians de Céllechs.* B.A.B.L., V (1909-10), p. 196. (Miscelánea, II, p. 319).
- Desenraillament de la institució notarial a Catalunya. Segle XIV.* Miscelánea, II, p. 323.
- La Barbotania o Barbatania ¿Es etnicament catalana?* B.C.E., XX. Publicado también en «Lectura popular» n.º 257.
- Notes historiqués de Sant Hilari Ça-Calm.* 1911.
- Notes dotzencentistes d'Ausona.* B.A.B.L., V, (1909-10), p. 429; VI (1911-12), ps. 6, 75, 123. (Miscelánea, II, p. 361).
- La creuada de Jaume I a Terra Santa (1269-1270).* Congr. Hist. Cor. Ar., Miscelánea, II, p. 273.
- L'Inquisició barcelonina substituïda per l'Inquisició castellana.* An. Inst. Est. Cat., III, 1909-10.
- Sant Jordi y lo simbòlich drach.* B.C.E., XXII.
- Rebelió de la noblesa catalana contra Jaume I en 1259.* B.A.B.L., VI (1911-12), ps. 361, 502. (Miscelánea, II, p. 465).
- Introducció de la festa de Sant Jordi en la Corona d'Aragó.* B.C.E., 1916, p. 113.
- Cartografia catalana.* B.C.E., 1919, p. 51.
- Divisions administratives de Catalunya en les èpoques passades.* B.A.B.L., IX (1921), ps. 33, 116.
- 1396. Procés en la Guardia Alada, d'un misteriós crim descubert meravellosament.* B.A.B.L., X (1921-22), p. 404.
- Itinerari del rey Anfós II «lo Lliberal» (1285-1291).* B.A.B.L., X (1921-22), p. 61.
- Los antics Colegis Notarials de Catalunya (Segles XIV al XVIII).* B.A.B.L., X, (1921-22), p. 177.

colaboró intensamente con otros elementos hasta conseguir la fusión de las dos entidades rivales. Ésta tuvo lugar en 1891, naciendo el «Centre Excursionista de Catalunya», en el que Carreras Candi colaboró desde el primer momento, formando parte de la comisión de publicaciones y siendo en 1907 vocal de su Junta directiva, vicepresidente en 1912 y presidente en 1913. A pesar de sus múltiples tareas, que absorbían gran parte de su tiempo, nunca dejó de interesarse por el excursionismo. Las

-
- Notes històrico-apologètiques de l'Academia; Els estudis d'Heràldica a Catalunya* (Discurso presidencial del curso 1922-23). B.A.B.L., XI (1924), ps. 1, 49.
Tercer Congrés d'Historia de la Corona d'Aragó a València (1 a 5 Juliol 1923). B.A.B.L., XI (1924), p. 84.
Idea de l'avenç urbà de Catalunya al segle XIV. III Congr. Hist. Cor. Ar. València, 1924.
Les usances o privilegis de la Seu d'Urgell (any 1470). B.A.B.L., XI (1924), p. 265.
Ordinacions urbanes de bon govern a Catalunya (segles XIII a XVII). B.A.B.L., XI (1924), ps. 292, 365; XII (1925-26), ps. 37, 121, 189, 287, 368, 419, 520.
Prólogo a la obra de Pérez Unzueta, El Somatent a través de la Historia, 1924.
Colom i altres corsaris atacant les costes catalanes. B.C.E., 1927, p. 241.
La Sagrada Hostia tacada de sanch en lo Pla de Sant Tirs. B.A.B.L., XIII (1927-1928), p. 260.
Dos mujeres célebres de la casa de Urgell (siglo XV). I. Leonor de Aragón y de Monferrato (†1430), nieta del Rey Alfonso el Benigno. II. Leonor de Aragón y de Aragón, nieta del Rey Pedro «el Ceremonioso» (1410-1443). B.A.B.L., XIV (1929-30), ps. 1, 194, 238, 325.
L'aljama de juheus a Tortosa. Mems. R.A.B.L., IX, fasc. III, 1928.
Estudis d'investigació històrica i literaria. «Lectura Popular», vol. XV, n.º 257, s. f. Contiene varios trabajos cortos ya citados.
Geografía política histórica de Catalunya. En la *Geografía general de Catalunya*, vol. I.
La Navegación en el río Ebro. Notas históricas. 1940.

Temas montserratinos:

- Los castells de Montserrat. Ensaig crítich historich*. (Premiado en los Juegos florales de 1889). 1890. Reimpreso en *Narracions*, p. 135.
Los almoyners o baciners de Montserrat. 1900. *Narracions*, p. 231.
Lo drama de Sant Miquel (anys 1035 a 1062). *Narració montserratina*. 1903.
Visites de nostres reys a Montserrat (1260-1908). 1911. *Narracions*, p. 255. También en B.A.B.L., II (1903-4), p. 339 y en *Miscelánea*, I, p. 251, la reseña de los viajes hasta 1904. Se hizo una edición especial dedicada a Alfonso XIII.
Narracions montserratines. 1911. Contiene 16 artículos en catalán, castellano y portugués, tres de ellos ya citados.

Temas literarios y filológicos:

- Lo cervantisme a Barcelona*. 1895.
Sumari de batalla a ultrança fet per Mn. Pere Joan Ferrer, cavaller, ab la biografia del autor y breu estudi de la obra. Mataró, 1898.
La Cavalleria a Catalunya. Lo ordre que ha de tenir pera dar deseiximent hun cavaller a altre cavaller. *Manuscrit del segle XVI existent en la Biblioteca del Real Monestir de Sant Llorenç del Escorial*. 1899.
La protohistòria de la llengua catalana. V Congr. Int. de la Lengua catal. 1906.
Assaig de nomenclatura de les comarques catalanes. Est. Un. Cat. I, 1907.
Ibers y grechs. La Llengua catalana sucesora de l'antigua ibèrica. 1917.
Etimologies ibèriques. «Lectura popular» n.º 257 (tomo XV, p. 403), s. f. (1917). Y en el Boletín del Ateneo Barcelonés.

páginas del Boletín del «Centro», repletas de artículos debidos a su pluma, lo demuestran.

En 1882 había terminado su carrera de abogado en la Universidad de Barcelona. Prueba de su capacidad de organización y de su actividad incansable, a la par que de su espíritu cívico, es el hecho de haber ingresado en 1888 en el «Círculo liberal-conservador», fundando en 1890 la Juventud Conservadora, de la que fué presidente hasta 1897 y ostentando el cargo de concejal de 1891 a 1893. Ingresó después en la «Lliga

-
- El lenguaje valenciano. En la Geografía del reino de Valencia*, I, p. 561.
Primera traducció catalana de la Bíblia (segle XIII). «Lectura popular», n.º 257.
Toponimia ibérica. Artículos en el Bol. del Ateneo Barcelonés.
Lo passament de la Verge Maria (Llibret talismán del segle XV). B.A.B.L., X (1921-22), p. 196.
La revisió de l'ortografia catalana. B.A.B.L., XI (1924), p. 184.
Investigació literaria a alguns Colegis Notarials d'Espanya. B.A.B.L., XII (1927), p. 153.
Algunes paraules toponímiques del Vallés. «Bibl. d'est. comarcals», vol. I, p. 91. 1930.
La toponímia en la masia catalana. «Butll. de l'Agrup. Exc. Tagamanent», n.º 32, 1935.

Temas filatélicos:

- Una curiosidad filatélica. El sello habilitado de Tarragona de 1875*. Madrid, 1901.
Las tarjetas postales en España. Discurso leído en la R. Ac. de B. L. el día 16 de marzo de 1901. 1902.
Emisiones fiscales de los Colegios de abogados, procuradores y notarios de Barcelona. Disc... R. Ac. B. L., 6 de marzo de 1904. 1905.
Catálogo general ilustrado de los sellos fiscales de España. 1908-9.
Estudios postales. I. Disquisiciones filatélicas y postales. II. Reseña histórica de los sellos fiscales de España. 1908.
Catálogo general ilustrado de los sellos fiscales de las colonias españolas. 1910.
Idea de la Filatelia española. «El Filatélico español», 1918.
Cierres postales de censura militar (1914-1918). Primer ensayo de catalogación. 1918.
El correo español en Santo Domingo. Notas de los siglos XVIII y XIX. (En colaboración con P. Monge). «El Filatélico español», n.º 257 a 267.
El donativo Thebussem a la Biblioteca-Museo Balaguer. 1922.
Sellos de Colegios de escribanos de España, 1787-1862 (en colaboración con P. Monge). 1925.
Las casas de postas de Cataluña. Bibl. de la Soc. Filatelistas de Barcelona, 1925
Filatelia, en el apéndice del año 1935 de la Enciclopedia Espasa, p. 405. Con bibliografía completa de sus publicaciones en esta rama.

Temas varios:

- Geografía general de Catalunya* (Dirección), 6 tomos, s. f. (1908-1916).
Geografía general de Valencia (Dirección), 5 tomos, s. f. (1915-1920).
Geografía del país vasco-navarro (Dirección), 6 tomos, s. f.
Geografía del reino de Galicia (Dirección), 6 tomos, s. f. (1919-1921).
Folklore y costumbres de España (Dirección). 1931-33.
Obispados y fueros. En la Geogr. del país vasco-navarro.
Nuestra exportación a Oriente. 1911. (Trabajo leído en la sesión inaugural del curso 1910-11 en la Soc. de Geografía comercial).
Recort y esperança. B.C.E., XXV.
En Joaquim Miret y Sans (17 Abril 1858-30 Desembre 1919). B.A.B.L., X, (1921-1922), p. 39.

Regionalista», bajo cuya filiación volvió al Ayuntamiento en 1910. En esta última ocasión había sido propuesto por la Asociación de propietarios de Barcelona, que en 1908 ya le había nombrado para formar parte de la Comisión arbitral en las diferencias surgidas al aplicar la Ley de expropiación. Dichos cargos municipales le permitieron dar un impulso a las tareas del Archivo Municipal. Así, le debemos la iniciativa de la publicación del *Manual de Novells Ardüs* y que se emprendiera en 1911 la de las *Rúbriques de Bruniquer*. De 1918 a 1922, fué presidente de la Comisión de Ensanche del Ayuntamiento.

Otra de sus actividades como hombre público, en la que bien le podemos llamar precursor, fué la de propagandista del americanismo. Fué cónsul de la República Dominicana (vicecónsul en 1890, cónsul en 1900 y cónsul honorario a partir de 1902), y logró que el Mausoleo a Colón erigido por aquella República se construyera en Barcelona (1894). En 1908 formó parte del Comité de la paz en la América latina fundado en nuestra ciudad. A partir de 1924 fué director gerente de la Compañía de Canalización y Riegos del Ebro.

Era notable filatelista y fundador y presidente de la Sociedad Filatélica Catalana, en 1901, pasando a presidente honorario en 1904. En 1908 presidió el primer Congreso de Filatelia española celebrado en Zaragoza. Actuó como delegado en el Congreso de la Unión Postal Universal celebrado en Berna en 1900 y en el de Roma en 1906, tomando también parte en el Hispano-Americano de Madrid. Su colección de sellos de correo y fiscales era notable, pero no se limitaba a ello su afán coleccionista, pues reunió una buena serie de monedas antiguas españolas y de retablos góticos.

La Filología catalana le atrajo desde muy joven y realizó importantes estudios en este difícil dominio. En 1906 tomó parte activa en el Con-

Numismática sarda del siglo XV. La ceca de Viladiglesies. B.A.B.L., I, (1901-1902), p. 86. (Miscelánea, I, p. 35).

Catalunya il·lustrada (Dirección), 4 vols. 1918.

Prólogo al drama histórico de Angelón *La Verge de les Mercés*. 1920.

El pintor Francisco Sans y Cabot (1828-1881). 1922.

En pro dels Arxius de Protocols d'Espanya. B.A.B.L., XII (1927), p. 283.

La fundació de l'Acadèmia dos cents anys enrera. B.A.B.L., XIV, (1930), p. 48.

En Joseph Soler y Palet (1859-1921) historiador y arqueolog. Treball llegit el 3 de Juliol de 1932 al col·locar... el retrat d'en Soler y Palet a la galeria de terrasenchs il·lustres. Tarrasa, s. f.

Lo sacomano de Roma del 1527. Narració de Lluís Castellar. B.A.B.L., IV, (1907-8), p. 375.

Además de los innumerables artículos, noticias y recensiones en multitud de diarios, periódicos y revistas nacionales y extranjeras, se le deben gran número de conferencias y los discursos inaugurales de los cursos de la R. Ac. de B. L., en 1922-23 (Bol., XI, ps. 1 y 49), en 1925-26 (Bol., XII, p. 254), en 1928-29 (Bol., XIII, p. 353), en 1930-31 (Bol., XIV, p. 322) y el discurso de gracias en la sesión inaugural de 1926-27 (Bol., XIII, p. 30). También tuvo a su cargo las respuestas a los discursos de recepción de los académicos D. Antonio Elías de Molins, F. D. Gazulla, D. Eduardo de Hinojosa y Naveros, D. S. Puig y Puig, D. Juan Rubio de la Serna, D. J. Soler y Palet y D. L. C. Viada y Lluch.

greso Internacional de la Lengua Catalana, y en 1907, en oposición a las normas ortográficas promulgadas por el «Institut d'Estudis Catalans», fundó la «Academia de la Llengua Catalana» y publicó las *Regles ortogràfiques*. En la vivísima polémica que con tal motivo se produjo intervino también esta Academia y de ella quedan buenos testimonios en las Actas de esta Corporación. La acritud de la lucha, que le llevó incluso a retirarse de la política y dió a su actividad posterior un cierto matiz independiente y de aislamiento de las corrientes a la moda, nos aparece hoy como cosa tan alejada de nuestros problemas que sugiere el recuerdo de un ambiente lleno de nobles idealismos y algo ingenuo. Defendiendo sus ideas sobre los orígenes de la lengua catalana pronunció varias conferencias en el Ateneo con el tema de «Etimologías ibéricas».

Todas estas actividades y estudios le convirtieron en un gran conocedor del Folklore y de la Geografía. Como tal se le deben dos obras de gran amplitud, la titulada *Folklore y costumbres de España*, en dos volúmenes, que dirigió y organizó, y la serie de Geografías regionales que dirigió para la casa Martín y que llegó a contar con la *Geografía general de Catalunya*, en seis volúmenes, la del Reino de Valencia, en cinco volúmenes, la del País Vasco-Navarro, en seis volúmenes, y la del reino de Galicia, también en seis volúmenes. Dentro de la gran obra, cuya utilidad no se ha agotado todavía, se le debe un magnífico volumen sobre la ciudad de Barcelona, que continúa siendo, a pesar de los años transeuridos, el relato más completo y documentado de la historia de la metrópoli catalana.

Pero todo lo dicho hasta aquí queda aún al margen de su dedicación principal, la investigación y divulgación histórica. Carreras Candi tuvo la pasión por la Historia, encariñándose con toda clase de temas del pasado de Cataluña cuyos vestigios había llegado a conocer, como excursionista, con detalle pocas veces igualado. Su afición le llevó a enseñar en los Estudios Universitarios Catalanes al ser creada en éstos la enseñanza de Historia de Cataluña de 1903 a 1905, a la par que obtenía repetidos premios en Juegos Florales con sendos trabajos históricos y colaboraba intensamente en los congresos de Historia de la Corona de Aragón. Realmente abruma contemplar la serie inacabable de monografías y artículos sobre temas históricos que publicó a lo largo de su vida. Dudamos que pueda encontrarse quien le supere en erudición y variedad de temas dentro de la Historiografía catalana.

No es extraño, pues, que, con tantos títulos, ingresara en la Real Academia de Buenas Letras ya en 1890, leyendo un trabajo sobre la hegemonía de Barcelona en Cataluña durante el siglo xv. Por su fuerte personalidad fué durante largos años el alma, por decirlo así, de la entidad, ocupando el cargo de tesorero de 1907 a 1918 y presidiéndola desde 1918 a 1931 y desde 1934 hasta su muerte, acaecida en Barcelona el 3 de enero de 1937. Durante estos últimos años formó parte de la Junta de Museos y era también académico correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia (1897) y de la Real de Buenas Letras de Sevilla (1899), del Centro de Cultura Valenciana y

de la Real Academia Gallega (1926). Pertenecía también a la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge.

Carreras Candi se hallaba interesado en los problemas pre y proto-históricos. Le habían llevado a ellos, por un lado, su afición a los vestigios arqueológicos, y por otro, el deseo de buscar las raíces de la lengua catalana. Sin podersele llamar propiamente arqueólogo o prehistoriador, tocó con frecuencia tales temas. No ha de extrañarnos que su concepción del problema ibérico resulte ahora insostenible y que hoy nos parezcan fuera de lugar los simbolismos excesivos que veía en muchas obras ibéricas de acuerdo con una de las tendencias de su época. Y por otra parte, formaba en el grupo de los que opinan que se ha dado exagerada importancia a la romanización como transformadora del medio indígena. Utilizaba para su argumentación la peligrosa toponimia y las etimologías, sentando en ellas hipótesis muy discutibles. Para él lo ibérico no había sucumbido ante lo romano, sino que se mantuvo, y la toponimia actual y la misma lengua moderna reflejarían la situación étnica y lingüística de hace dos mil años con escasas variaciones.

Su colaboración periodística fué amplísima, no faltando en ella los artículos políticos en los años que actuó en este sentido. Son más de una docena de volúmenes en que se guardan por su familia, cuidadosamente encuadrados, los centenares de artículos que publicó en variadísimas revistas y periódicos, tanto nacionales como europeos y americanos. Su colaboración fué muy asidua desde 1919 en el diario *Las Noticias* sobre temas muy diversos, pero centrados por lo general en la historia de nuestro país, bajo el título «De la Historia y la Leyenda». Personalmente, recordamos sus artículos sobre historia barcelonesa publicados durante los últimos años de su vida en *La Vanguardia*, continuando la serie iniciada por Arturo Masriera, que leímos con fruición y que conservamos en su mayor parte. Su afición a la prensa la vemos reflejada incluso en detalles como el de haber dirigido, desde 1917 a 1930, la *Revista Mercedaria* que publicaba en Barcelona la Parroquia de la Merced, y *L'Estiuada*, un periódico que la colonia veraniega de San Hilario Sacalm publicó durante un cierto tiempo.

No hemos pretendido dar una bibliografía completa de Carreras Candi, que bien merecería se estableciera por esta Academia. Tan sólo hemos indicado, en nota, los trabajos más importantes, agrupados en las varias especialidades que su autor cultivó.

A su muerte se hallaba preparando un libro sobre las patentes de Sanidad, otro sobre la historia de la brujería en Barcelona, en colaboración con Sigfrido Bosch, y se hallaba terminando su obra sobre la navegación en el río Ebro, libro para el que nos había pedido datos en lo referente a los iberos y que vio la luz en 1940. También ha quedado inédito un *Llibre d'Or de Montserrat* y otros trabajos en preparación.

Asimismo trabajaba en una obra sobre otro de sus temas favoritos, con el título *Iberisme i toponimia ibèriques comparades amb les teories romanitzadores predominants*, sobre cuyo tema dió varias conferencias en 1935 en el Centro Excursionista de Cataluña.

Tal es, a grandes rasgos, la eximia personalidad del que fué vuestro

presidente, cuya figura quedará para siempre aureolada por los títulos que le otorgan su vocación histórica, su pasión, diríamos, por la Historia, en el más amplio y noble sentido de la palabra, su curiosidad insaciable, su patriotismo y su espíritu de sacrificio en cuantas empresas culturales cabía su participación.

Y cumplido el grato deber de este elogio, que por mi impericia ha de resultar pálido, pasaré a desarrollar el tema con que modestamente me presento ante vosotros y para el que os pido indulgencia, tanto más necesaria cuanto que sigue a la abrumadora relación de méritos de mi antecesor.

Grandeza y miseria de la Prehistoria

Motivación del tema y oportunidad del mismo

Os confesaré que he estado largo tiempo titubeando sobre el tema a elegir para presentarme ante vosotros. En la especialidad a que me consagro no siempre es fácil dar a conocer un hallazgo interesante o un punto de vista nuevo. Las excavaciones que tengo entre manos y, en la actualidad no han dado de sí aún todo lo que de ellas esperamos y, por otra parte, es obligada su publicación por las entidades que las realizan. Pensé un momento en rehacer, teniendo en cuenta tantas orientaciones nuevas, la síntesis de la Etnología primitiva de Cataluña que hace ya más de un cuarto de siglo escuché en una sesión de esta misma Academia, en el ingreso en la docta Corporación de mi maestro Bosch Gimpera. Pero me detuvo la consideración de lo indeciso y vago de alguno de los últimos resultados de la investigación y que acaso fuera demasiada pretensión por mi parte el querer presentaros una nueva síntesis, tarea la más difícil en toda ciencia y aún más en la investigación prehistórica.

Por fortuna un pequeño incidente me sugirió el tema. Renovando puntos de vista sustentados muchos años antes por él mismo, un experto escritor, ameno y cáustico periodista, historiador hábil de episodios recientes, insistía en considerar a la Prehistoria como disciplina excesivamente cultivada en nuestra patria, en la que en cambio desatendíamos el estudio de etapas mucho más interesantes para la Historia, el mundo clásico por ejemplo. Exagerando un poco sus palabras y poniéndolas en parangón con el sentir, no sólo de muchos profanos, sino incluso con el de grandes historiadores de la Antigüedad, de la generación anterior a la nuestra, tendríamos que los despistados prehistoriadores posponen estudios llenos de humanismo a los cuadros ficticios, montados a base de piedras y cacharros que nada dicen, con los que engañan al público mientras su sectarismo les lleva a buscar argumentos para probar el origen pitecoide del hombre.

No vayamos a despreciar tales frases como fruto de una genialidad de periodista. Tal vez, pensamos, no estará de más que hagamos examen de conciencia, que tratemos de hacer un alto en la furia incansable de la excavación y de los descubrimientos, y volvamos la vista atrás; recapitemos si seguimos el buen camino o si dejamos la senda recta y difícil por rutas más floridas, pero perdedoras; si vale la pena el agotador esfuerzo que realizamos, las vocaciones y entusiasmos que despertamos en los discípulos y si, con ello, robamos realmente cerebros a una investigación histórica más útil para la comunidad.

Al fin y al cabo, muchos de los grandes historiadores de la Antigüedad, en el siglo pasado, sintieron un gran desprecio por la Prehistoria

y la Arqueología en general, y dieron lugar a una tremenda polémica sobre si esta última debía admitirse en el campo de la Historia. En la Arqueología veían los historiadores una actividad propia de ignorantes y, en efecto, en ella era posible a un recién llegado, sin la formidable preparación que exigía el dominio de las lenguas y autores clásicos, realizar descubrimientos estupendos y colocarse rápidamente en el primer plano de la popularidad.

De esta meditación, de este examen de conciencia, han surgido las páginas que vais a escuchar.

*Qué se propone
la Prehistoria*

Primeramente, hemos de preguntarnos qué es y qué se propone la Prehistoria. Parece innecesario, pues todos hemos aprendido en los manuales que la Prehistoria es el estudio de los hechos anteriores a la Historia escrita. Pero quizá conviene profundizar en esta definición.

La denominación de Prehistoria la aceptamos como vocablo ya consagrado por el uso y al que es difícil renunciar, pero reconociendo que contiene una antinomia insoluble. Para los que entendemos que Historia es el estudio de cuánto los seres humanos han realizado en la Tierra, sin distinción de categorías de hechos, ni de tiempo ni de lugar, claro está que no puede existir una auténtica Prehistoria, ya que nada humano puede ser *pre*, antes, de la Historia. Pero ningún otro vocablo: Protohistoria, Historia primitiva, Paleoetnología o Subhistoria, como algunos prefieren, puede satisfacerlos por diversos motivos. Y acabamos por aceptar el término Prehistoria con la distinción de dar a la palabra Historia dos sentidos: uno amplio, el que acabamos de exponer, y otro estricto, la parte de la Historia en sentido amplio conseguida total o parcialmente por medio de documentos escritos.

Entonces, frente a la Historia en sentido estricto, queda lugar para una Prehistoria. Y si a primera vista puede parecer que a ésta, faltándole datos escritos, le ha de quedar un campo limitado, en realidad, ¡qué campo tan amplio le dejamos a nuestra Prehistoria! Como el sordo que recobra el oído y halla el mundo lleno de unas armonías insospechadas, así el historiador que sale del campo magnífico pero limitado de la Historia escrita, descubre unos horizontes amplísimos y se le hacen patentes formas de cultura, raíces y precedentes del todo ignorados.

Digámoslo de una vez: la Historia tal como se ha hecho y se ha enseñado hasta hace poco tiempo, es harto parcial y de limitada visión, es pequeña Historia, incluso muchas de las veces que ha creído ser gran Historia. Ha sido recreación de eruditos o simplemente aficionados, argumentos para moralistas, políticos o patriotas. Claro que para unos y otros, que van a buscar pura deleitación o lo que la Historia no siempre puede dar: la norma, la lección moral, el argumento polémico con frecuencia deformado; les basta y les sobra con la pequeña Historia, las elucubraciones sobre la ubicación de un topónimo antiguo, la actitud de César y de Marco Antonio frente a Cleopatra, las andanzas de

Benedicto XIII o la vida privada de Luis XV, para citar al azar algunos ejemplos.

Naturalmente, para ellos, la Prehistoria, al no relatarnos nombres y hechos concretos, al no darnos intenciones y remordimientos, interesa tan poco como puede interesar al sociólogo como a tal la formación de la Tierra.

Contra esa concepción empequeñecida nos pronunciamos. Una Historia de la Humanidad de la que estén ausentes conscientemente la casi totalidad de los siglos de vida humana y la mayor parte de los hombres que han existido, no puede pretender el nombre que lleva. No podemos desinteresarnos de la historia de los pueblos que no tienen historia escrita, o sea historia en sentido limitado. Se nos escaparían todas las raíces de la cultura y se nos harían incomprensibles muchas de las formas de vida de los pueblos históricos. Pensemos que tan sólo nos separan unas doscientas generaciones del comienzo del Neolítico, esto es, de la invención de todos los elementos esenciales de nuestra civilización, como agricultura, ganadería, urbanismo, metalurgia, y comprenderemos que no es posible dar una explicación del origen y evolución de las culturas humanas ni a su fase histórica, sin el auxilio de la Prehistoria.

No se vea en nuestras palabras nada despectivo para la Historia en sentido estricto, ni para la Historia moderna, que nos apasiona como al que más. Por otra parte, las tendencias actuales van hacia una Historia integral, que llegue al fondo de la cultura, que capte todos los aspectos de la vida del pasado, el aspecto social y económico en primer término, relegando a segundo término lo que ha constituido durante mucho tiempo el meollo de la enseñanza de la Historia: los acontecimientos políticos y militares, esquematizados en las series dinásticas que todos tuvimos que aprendernos. Es decir, que aun sin llegar a las exageraciones de las escuelas históricas materialistas, el contenido de la Historia se acerca cada día más al que la Prehistoria, por la índole de sus métodos, puede darnos.

Prehistoria y Etnología; sus métodos respectivos

Fácil es apreciar que la historia de los pueblos que no tienen historia ofrece dos grandes aspectos: la historia primitiva de los pueblos que han tenido más tarde historia escrita y la historia de los pueblos primitivos actuales que no tuvieron nunca esta última.

Para nosotros todo ello es Prehistoria, denominación amplia a la que no escapa nada de la vida del primitivo. Pero comúnmente se reserva dicho vocablo para el primero de los aspectos citados y se da al otro una denominación distinta, prefiriendo, entre las varias usadas, la de Etnología.

Si en el fondo el contenido de Prehistoria y Etnología, en el sentido que lo tomamos, es el mismo, sus métodos, sus resultados y el valor de los mismos son enteramente distintos y ello por sí solo justificaría la dualidad que entre ambas suele reconocerse.

En efecto, la Prehistoria usa el método arqueológico, la técnica de la azada, la excavación, en busca de los objetos que los hombres han

ido dejando y que el suelo conserva. La Etnología usa el método etnográfico, la recolección directa de documentos de la vida material y espiritual de los primitivos actuales.

La diferencia de métodos entraña diferencias esenciales en el valor de sus respectivas enseñanzas, que resumiremos aquí.

La Prehistoria contará con una cronología relativa rigurosa, pues en yacimientos no removidos los objetos aparecen depositados a una profundidad en relación con su antigüedad. Incluso puede pretender, por caminos indirectos, el logro de una cronología absoluta más o menos segura. En cambio, se le escapa lo mejor del hombre, su vida espiritual y social. Sobre aquellas y otras ventajas y este inconveniente haremos hincapié.

La Etnología posee el conocimiento de lo espiritual y social, aunque ello no se consiga sin dificultades, no le escapa el lenguaje de los pueblos, observa las técnicas y las instituciones funcionando en el vivo, podríamos decir. Pero en cambio no puede obtener una cronología de los fenómenos culturales y nunca, sin el auxilio de la Prehistoria, podrá afirmar que un determinado instrumento o una técnica cualquiera es o no originario del área donde ahora se le encuentra o es anterior o posterior a otro semejante.

Ventajas e inconvenientes que se complementan a maravilla y permiten, reuniendo y combinando ambas técnicas, obtener una visión bastante satisfactoria del hombre primitivo.

*Revelaciones que
ha conseguido la
Prehistoria*

Y tras estas consideraciones llegamos a lo que en nuestro sentir constituye la mayor grandeza de la Prehistoria: el habernos dado la visión de la Humanidad primitiva, revelándonos un pasado que ha permanecido oculto hasta hace poco tiempo. Y si es cierto que hombres geniales, como Lucrecio, pudieron llegar incluso a atisbar la sucesión de las tres edades, no tenían la menor idea de la duración ni del verdadero carácter de las culturas humanas durante docenas de miles de años. Ninguno de los grandes historiadores y filósofos hasta el siglo pasado, conoció lo que hoy sabemos sobre la primitiva Humanidad y los orígenes de la cultura. ¡Formidable falla en las construcciones científicas de aquellos pensadores!

Se nos ha revelado una antigüedad que nadie sospechaba. Cientos de miles de años hace que el hombre recorría la Tierra en lucha con los elementos, más duros y hostiles que ahora, y con las fieras terribles que ocupaban territorios de los que hoy están ausentes. Estaba casi desprovisto de todo, pero brillaba en su cerebro la chispa de la inteligencia, una inteligencia en germen, sin duda, pero que le permitía superar su ingénita debilidad y vencer a enemigos más poderosamente armados en músculos, garras y dientes. Le vemos emigrar de un lado para otro, buscando climas y terrenos de caza favorables, perfeccionar poco a poco sus rudimentarias armas, desarrollar su sentido artístico, progresar en sus manifestaciones sociales hasta que llega a dominar las fuerzas más hostiles de la Naturaleza, los medios de producción y los más elementales principios de la transformación industrial.

Es tan maravillosa la reconstrucción de este pasado que, a pesar de que la sucesión de períodos paleolíticos, por ejemplo, llega a constituir para el arqueólogo un fondo constante y vulgar del pensamiento, cada vez que realizo la excavación de una cueva, donde suelen aparecer los niveles como páginas pegadas de un libro, siento una intensa emoción, como si fuera algo milagroso, cuando debajo de los útiles de un período determinado aparecen los del anterior tal como el esquema preestablecido imponía.

Los grandes resultados respecto del Paleolítico

Las maravillas empiezan en los períodos más antiguos. Como hemos dicho ya, la mayor revelación ha sido el comprobar una raíz remotísima de la cultura humana al darse cuenta los investigadores de la presencia de útiles indudables y restos óseos junto con restos de fauna extinguida hace mucho tiempo, en capas profundas, en antiquísimas terrazas fluviales y en no menos antiguas «playas levantadas».

Y fué tal la duración de esas primeras etapas de la actividad del hombre, que las estaciones que a las mismas corresponden asombran por su extensión y por el número incalculable de piezas que contienen, lo que sólo se explica por el tiempo, que comparado con el de nuestras culturas modernas resulta astronómico, durante el cual reducidas bandas humanas fueron labrando sus útiles. Así nos aparecen en Olorgesailie (Kenya) 16 niveles con cultura cheleo-achelense formando uno colina junto a un antiguo lago desecado y la misma cultura en el barranco de Oldoway (Tanganica) forma un yacimiento que se extiende sin interrupción durante más de doscientos kilómetros. Y sin ir tan lejos, basta contemplar el vasto yacimiento sobre el que se asienta Madrid y sus suburbios en lo que fueron sucesivas terrazas del Manzanares, cuando el agua no corría tan escasa como hoy por su cauce amplísimo.

Superada la primera fase de la investigación, en que se suponía una evolución unilineal, hoy comprendemos que durante aquellos vastos períodos de tiempo se desarrollaron técnicas diversas, que pudieron obedecer a imposiciones climáticas y de ambiente, a tendencias raciales o a otras causas que se nos escapan. Pero no sabemos hasta qué punto fueron independientes y marcharon por caminos propios y exclusivos las técnicas del hacha de mano, la de lascas y la del hueso, que es posible que se desarrollara en zonas mal conocidas. Parece como si cada técnica siguiera una evolución propia creando industrias peculiares que se cruzan con las de técnica opuesta y así se reúnen los caminos que van a parar al Paleolítico medio, con su Levalloisiense-Musteriense, y por último al Paleolítico superior.

Se ha intentado explicar las grandes técnicas líticas del Paleolítico inferior por las diversas condiciones climáticas. Así Breuil sostiene que la técnica de lascas es obligada por el trabajo del sílex helado. Zerner, por su parte, supone que los cheleoachelenses habitarían Europa en las etapas de clima suave, viviendo como recolectores; los clactonienses, en clima semejante, pero como gentes de los bosques; los levalloisienses, como cazadores, al igual que lo eran fundamentalmente

los musterienses, aunque éstos con técnicas tomadas de los restantes grupos y viviendo a la vez en etapas glaciares e interglaciares.

Cuando llegamos al Paleolítico superior nos asombra el desarrollo del ingenio humano aplicado a labrar pequeños útiles destinados a fines concretos, con detalles impresionantes por lo que tienen de precursores de formas modernas. Sólo citaré un caso que me ha impresionado siempre. Los hombres del Solutrense y del Magdaleniense labraban en hueso los punzones y leznas, y su extremo, que se insertaba en el mango, estaba trabajado en una serie de biseles que producían una sección poligonal, lo mismo que al cabo de 20,000 años se hace hoy con las leznas de metal.

Y estas gentes, no sólo saben crear una industria rica, con numerosas variedades regionales, sino también un arte genial y múltiple. ¿Qué pensar de los genios ignorados que crearon la escultura del Auriñaciense, del artista que fué capaz de plasmar la imagen «modernista» de la Venus de Lespugue, por ejemplo? ¿Qué de la escuela de pintores de Altamira? Escultores, dibujantes y pintores nos han dejado millares de obras y con razón se ha dicho que conocemos con mayor profusión el arte figurado cuaternario que el románico, con la ventaja además de que aquél permite esperar todavía grandes descubrimientos y sorpresas. Por primera vez, prescindiendo de los enterramientos musterienses, la Prehistoria nos da algo que nos acerca al espíritu mismo de nuestros antepasados. Y digamos, entre paréntesis, que quienes tales obras hicieron son ya nuestros directos antepasados, los primeros a quienes podemos llamar españoles. Y adivinamos su totemismo y sus prácticas mágicas, que nos los sitúan al nivel de tantos primitivos actuales. Quien recorra bajo tierra, por estrechos y complicados pasadizos, cerca de medio kilómetro en la cueva de *Trois Freres* para llegar al santuario presidido por la imagen del mago disfrazado de animal, con los centenares de figuras grabadas, vestigio de otras tantas ceremonias allí celebradas a la luz de hogueras y antorchas que no llegarían a disipar las tinieblas y misterio del lugar, no puede dejar de emocionarse profundamente y parece cual si entrara en comunión con ese antepasado de ciento cincuenta siglos y percibiera lo más recóndito de su alma, como si ésta no hubiera podido escaparse de aquel recinto que plantas humanas no hollaron por miles y miles de años hasta que la curiosidad del hombre moderno rompió el encanto en 1913.

Cierto que tales reconditeces parecen sancionar sin apelación la teoría del arte utilitario. Nos pronunciamos, sin embargo, contra su aceptación total. La perfección y belleza del arte cuaternario no pueden explicarse sin un sentido profundamente artístico, sin un cierto goce estético de sus autores, que de otro modo habrían tenido suficiente para sus magias con los más toscos esquemas. Hay que admitir que existía en ellos la chispa del genio del gran Arte. Chispa del genio occidental que parece que es lo único en que el Occidente no debe nada al Oriente y le precede, prefigurando la cultura europea moderna. Y este arte seguirá siendo occidental aunque resulte que es también africano.

Es curioso que a pesar de la complejidad de culturas que los nuevos

estudios van sustituyendo al anterior cuadro simplista: clactoniense frente a chelense, levalloisiense frente a micoquiense y musteriense, gravettiense frente a auriñaciense, ateriense frente a solutrense y acaso una misma cosa con él y con Still-Bay, wiltoniense frente a capsiese, etcétera, se revela una dirección uniforme en los caminos apuntados, por lo menos dentro del inmenso triángulo cultural que conocemos mejor y cuyos vértices son el Occidente de Europa, el Sur de África y la India. En este vasto dominio se van sucediendo por el mismo orden las técnicas de la piedra y este orden igual es para nosotros la prueba de un constante contacto y parentesco. Es decir, hubo en aquellas épocas, en que el mundo apenas estaba poblado más que por pequeñas hordas, con vastísimos espacios deshabitados, una homogeneidad cultural que se rompió luego, a partir del Neolítico, para disolverse en pequeñas culturas regionales y que ahora está en trance de reconstrucción ante la niveladora civilización moderna. Curioso ciclo histórico.

Cuando los hielos se retiran definitivamente se arruina aquella noble cultura que habían creado los hombres del Paleolítico superior, nuestros precursores directos. Y entonces el historiador cree adivinar el advenimiento de una Edad Media, la primera Edad Media de la Historia, con sus conocidos fenómenos de decadencia económica y ruina, olvido de técnicas superiores, emigraciones étnicas y trastornos. Ésta es mucho más larga que las posteriores, ya históricas, como la egipcia que sigue al apogeo del Imperio antiguo, la griega o la europea. Pero también, como ellas, es seguida de un renacimiento.

Resultados para el Neolítico y períodos siguientes

Este renacimiento es el que surge de los inventos sensacionales que van desde la cerámica a la rueda, pasando por el tejido, la agricultura y la ganadería, y que culminan en la metalurgia y el urbanismo. Es la ocasión en que el Oriente toma ventaja, por largos milenios, sobre el Occidente.

A partir de entonces, para Europa hace poco más de 5,000 años, vemos difundirse por nuestras comarcas la cultura neolítica y formarse grupos regionales que complican enormemente el estudio y que son el germen, difícil de identificar, de la formación de los pueblos históricos. Vemos a estos grupos, vagamente delimitados, moverse por las rutas naturales europeas, invadir, cruzarse, hacer, en una palabra, lo que ya en época histórica vemos realizar a los pueblos bárbaros. Un trozo de vasija de una forma o decoración determinadas bastan al arqueólogo muchas veces para sentar conclusiones de vasto alcance. Para esta época poseemos ya abundantes vestigios de construcciones funerarias o de culto y de poblados fortificados. Todo ello indica una intensa vida política y religiosa.

Cuando llegamos, en plena Edad del Bronce, al final del segundo milenio, la Prehistoria se enlaza con la historia de los países clásicos. Al alcanzar el primer milenio, cuando el uso del hierro se hace general, aquélla da paso plenamente a la Historia en sentido estricto y sólo una parte de Europa queda dentro de las nieblas de la Prehistoria, que no levantará su velo hasta mil años después de nuestra Era para las re-

giones nórdicas. La etapa en que la Prehistoria occidental cuenta con el apoyo de textos geográficos e históricos clásicos podemos llamarla Protohistoria y tiene un interés especial por la utilización de los dos métodos, el arqueológico y el filológico. Con seguridad podemos ya entonces dar nombres a las agrupaciones culturales que antes habíamos de denominar por el tipo de un cacharro o de una espada. Podemos seguir ya las rutas de las grandes emigraciones de los pueblos indogermánicos. Pero, como veremos más adelante, no por ello los problemas son menores y al enraizarse en esos pueblos las naciones modernas es difícil que la pasión política no deforme las deducciones que de la simple arqueología se derivan normalmente.

Para la etapa neolítica y las edades del bronce y del hierro poseemos una cronología muy probable conseguida gracias a los paralelos con los países del Próximo Oriente, que hacia el año 3000 poseían un sistema de cómputo de años que con más o menos dificultades hemos podido desentrañar.

En la última etapa, ya de contacto con el mundo clásico, la prehistoria de los países occidentales nos ofrece sugestivas y constantes sorpresas. Sólo citaremos los hallazgos en España, en que la sucesión de textos ibéricos que van apareciendo, junto con la cerámica con escenas humanas pintadas que en los últimos diez años hemos descubierto, mantienen en tensión permanente la esperanza en el hallazgo definitivo que aclare enigmas torturantes.

*Otras maravillas
de la Arqueología*

Para reconstruir todas estas etapas que hemos esbozado ha sido necesario explorar, estudiar y publicar millares y millares de yacimientos, desde vastos poblados, extensas terrazas o profundas cuevas hasta hallazgos casuales que pueden consistir desde una sepultura a un simple objeto. Ha sido necesaria una labor benedictina de reconstrucción de piezas y agotadoras campañas en lugares inhóspitos. Miles de aficionados se han consagrado con verdadera pasión a la penosa tarea, acuciados por el afán de añadir un dato más a la resurrección del milenario pasado. No han sido raros los que han pagado su afición con la vida.

Y gracias a tan admirable labor, en un siglo hemos levantado este monumento colosal al genio del hombre primitivo, en que éste aparece subiendo con penoso y lento esfuerzo la escalera de la civilización. ¿Qué diría un historiador de hace unos siglos si pudiese contemplar este pasado que él no soñara siquiera?

Pero no acaban aquí los gloriosos éxitos logrados por el método arqueológico de la azada. Muchas veces éste ha servido al filólogo, ya que la excavación ha permitido volver a la luz infinidad de textos de toda clase, desde papiros griegos e inscripciones protoindias a plomos o cerámica con textos ibéricos. Sin los arqueólogos, la historia del Egipto estaría poco más avanzada que en la época de Champollion, y la de Mesopotamia apenas existiría. Las maravillosas historias de culturas y pueblos desaparecidos o insospechadas hace pocos decenios, de las que ya la Antigüedad había perdido el recuerdo, sumerios, hiti-

tas, hurritas, las ciudades palestinas y sirias con la sorpresa de Ugarit, los archivos de Mari, las docenas de ciudades olvidadas en los *tells*, el portentoso pasado preario de la India que se nos ha abierto con Mohenjo-Daro y sus ciudades hermanas, las riquezas de Susa, los atisbos en el Beluchistán y el Irán... todo ello es fruto de la actividad de prehistoriadores y arqueólogos en general, aunque en íntima colaboración con filólogos e historiadores.

Aunque bien conocido de todos, no podemos dejar de insistir en el caso de Egipto donde es impresionante lo que se ha conseguido. Aquí, gracias al arqueólogo, se puede seguir la marcha del progreso desde el más remoto Paleolítico, cuando el hombre va trasladando su habitación de una terraza a otra al compás del proceso de modificación del valle del Nilo, a través de las culturas predinásticas, preciosamente reconstruidas, hasta las etapas más modernas de su vida.

Cuando pensamos en los 27 niveles de Tepe Gawra, para citar un ejemplo patente, que nos remontan al sexto milenio, comprendemos que estamos atisbando ya el punto crucial que en la evolución humana representa la creación de la primera cultura urbana que acompaña a la invención de las nuevas técnicas: agricultura, ganadería, tejido, cerámica y metalurgia. ¡Y cuántos documentos permanecen aún bajo el suelo, en ese fecundo Oriente, esperando la azada del excavador!

Lo dicho para el Oriente puede aplicarse al mundo clásico. La historia de Grecia y Roma no sería lo que es actualmente sin la colaboración de los arqueólogos, gracias a los cuales salen continuamente a luz nuevos documentos y puede rehacerse la vida material; el comercio y la economía de ciudades o de siglos para los que los textos son mudos. Además, poco menos que agotada la interpretación de los textos, sólo de la Arqueología cabe esperar nuevos progresos en la Historia clásica.

Y si pensamos en las culturas que son raíz de lo clásico, ¿existe algo más apasionante que las culturas troyana y micénica, o la maravillosa revelación que apenas cuenta medio siglo, de la cultura cretense? Minos y Priamo, Agamenón y Teseo ya no parecen personajes legendarios cuando nos paseamos por los salones de Cnosos, subimos a la colina de Tirinto o contemplamos las murallas de Troya. El hallazgo en los archivos de Bogas-koei de documentos hititas con nombres de personajes que Homero ya nos había dado a conocer, permite augurar que un día todo este mundo de la epopeya habrá entrado en el campo de la más estricta historia.

*La reconstrucción
de la Prehistoria
de América*

En América, antes de la llegada de Colón, todo es Prehistoria. Sólo la labor de la azada nos está revelando poco a poco, en medio de tremendos problemas y polémicas científicas, lo que fué en realidad este caso raro, único, en la historia de la cultura humana: un continente que se puebla, no sabemos cuándo ni cómo, y que luego queda aislado. Podríamos compararlo a un recipiente cuyo contenido fermenta hasta que Colón lo destapa mostrando a los asombrados ojos del resto de la Humanidad un mundo que había evolucionado a su manera.

El espacio a explorar es mucho mayor que en Europa y son menos los

aficionados. No es, pues, extraño que la Prehistoria americana no pueda ofrecernos un esquema tan completo como la del Viejo Mundo. Aún no ha podido resolverse el problema de la fecha de llegada de los primeros pobladores venidos del extremo noreste de Asia ni asegurarnos la llegada de elementos venidos de otras direcciones. Las etapas de la cultura desde una fase paleolítica tampoco están claras. Pero ya en algunas comarcas: Sudoeste de los Estados Unidos, Méjico, Perú, se ha logrado fijar las etapas recorridas desde las culturas llamadas arcaicas. En algún caso se han realizado maravillas con la cronología, a lo que haremos ulterior referencia.

Los estudios geológicos de los últimos años junto con los cálculos geocronológicos de Antevs, tienden a probar que varios yacimientos paleolíticos de Norteamérica corresponden, en el S. O., a un clima más frío y húmedo que el actual, y que varios mamíferos, hoy extinguidos, abundaban entonces. Sería ésta la última fase pluvial en Norteamérica, algo posterior a la última glaciación y Antevs da fechas alrededor de los 15,000 años.

De modo que los progresos recientes permiten esperar una solución a los problemas planteados. Acaso el paralelo de algunas formas paleolíticas y neolíticas con las de nuestro continente resulte mayor de lo que se ha venido suponiendo.

Geología y Prehistoria

La colaboración con algunas ramas de las Ciencias naturales le da al prehistoriador una visión insospechada de las circunstancias de medio y ambiente en que se movió el hombre. Y la lectura de un estudio sobre climas, glaciaciones, playas levantadas y geocronología apasiona como la mejor novela. Digamos algo de lo conseguido.

La reconstrucción de las etapas de glaciación que Europa atravesó desde el comienzo del Cuaternario es cosa bien sabida, aunque no estén de acuerdo todos los autores sobre el número de las mismas y sobre sus causas. Impresiona meditar sobre estas oscilaciones climáticas que obligaban al hombre a modificaciones profundas en su existencia y que nadie puede prever si han de repetirse, con trastorno terrible para nuestra civilización. Hoy se supone un ritmo más movido y variable en las oscilaciones glaciares, que se puede resumir así: dos fases de frío, un período interglaciar corto, dos fases frías, un interglaciar largo, dos fases frías, un interglaciar corto, tres fases frías y luego ya el período actual epiglaciar. Con este esquema quedarían satisfechas tanto las teorías de las cuatro glaciaciones (Günz, Mindel, Riss, Würm) como la que no admitía sino dos. También se ha podido precisar que los períodos interglaciares se vieron interrumpidos por etapas de clima más fresco.

Más moderno es el estudio de las variaciones en el nivel de las aguas marinas durante el Cuaternario, lo que por la relación de las sucesivas playas con determinadas industrias líticas permite interesantes paralelismos y magníficos resultados en la cronología relativa del Paleolítico. La teoría de la eustasia glacial supone que las fases de nivel alto de los mares, cuyo vestigio son las llamadas playas levantadas (más

correcto es llamarlas antiguas playas o líneas costeras antiguas) corresponden a los interglaciares y las fases de mar baja a las glaciaciones. Las fases de nivel alto de los mares reciben los nombres de Siciliense (playa de 100 metros), Milaziense (playa de 60 metros), Tirreniense (playa de 32 metros) y Monastiriense (con dos fases a 18 y a 7'50 metros) terminando tales oscilaciones con la llamada regresión preflandiense. Esta última parece corresponder a la última glaciación, mientras el monastiriense correspondería al último interglaciar y a los interglaciares anteriores los restantes episodios.

En los valles fluviales, especialmente en las regiones próximas a la desembocadura, los cambios del nivel del mar ejercieron gran influencia, abriéndose estrechos canales en las épocas de nivel bajo, quedando como vestigio de tales oscilaciones las llamadas terrazas talasostáticas. Al ser éstas estudiadas permiten interesantes correlaciones con las industrias paleolíticas. Tal ocurre en el Nilo, objeto de las más importantes investigaciones en este sentido.

Cuando el estudio de las playas levantadas, en relación con las terrazas fluviales, se haya realizado en todas las zonas litorales que lo permitan, tendremos el primer lazo seguro entre las industrias más viejas de África y Europa, y con ello la explicación de muchos problemas que hoy nos parecen insolubles. Digamos, para lamentarlo, que en España tales estudios prácticamente están por iniciar.

Climatología pre-histórica

No menos curiosos son los resultados que en estos últimos años se han logrado en el estudio del clima europeo a base del análisis del polen en las turberas del Norte de Europa. Dicho análisis ha permitido reconstruir la flora, no sólo de árboles, sino incluso de hierbas, que se ha sucedido desde el final de las glaciaciones y a través de ella la del clima.

De esta manera hemos aprendido que tras la última glaciación Europa pasó por una fase climática todavía fría llamada subártica o subglacial, que en sus últimos tiempos se dulcificó difundiéndose el pino y el abedul. Siguió una fase boreal, de clima continental, relativamente seco y cálido, con bosques de pinos, robles, avellanos y olmos. Luego vino una fase atlántica, de clima oceánico, húmedo y suave, en que culminó la extensión del roble; fué entonces cuando Inglaterra se separó del continente. Siguió una fase subboreal en que se volvió a un clima más seco y continental con difusión del pino, abeto y haya, para terminar las oscilaciones con una fase subatlántica de clima más fresco y oceánico en que el roble sigue retirándose y domina el haya y el abeto. La penúltima de estas fases es ya de la Edad del Bronce y la última, de la Edad del Hierro. Estos resultados son particularmente válidos para el Norte de Europa donde en combinación con las modificaciones de las líneas costeras del Báltico y con su fauna de moluscos permiten fijar un esquema impresionante por lo detallado y seguro.

Para épocas anteriores las modificaciones climáticas se reflejan en la fauna de los yacimientos. Hay especies que desaparecen en el Pleistoceno inferior y que por lo tanto indican la remota antigüedad del ya-

cimiento en el que aparecen; son, entre otros, el *Elephas meridionalis*, *Rhinoceros etruscus*, el *Equus stenorius* (un caballo parecido a las cebras), el *Trogontherium cuvieri* (una especie de gran castor), etc. Especies como el *Ursus arctos*, *Elephas antiquus*, el alce o el lince sugieren un medio boscoso, la zorra ártica indica la tundra o taiga, el antilope saiga, los caballos y los asnos, la estepa o el loess; por último, la presencia del *Elephas primigenius* (mamut), *Rhinoceros tichorinus*, *Rangifer tarandus* (reno), *Ursus spaeleus*, etc., es señal segura de la última glaciación. Pensando en la sucesión de los tres elefantes que el hombre conoció durante el Paleolítico: el meridional, el antiguo y el primigenio, especies todas ellas desaparecidas, nos damos cuenta de la enorme duración de aquél.

† paleoantropología

No es el paleoantropológico uno de los aspectos menos apasionantes de la investigación prehistórica, siendo al mismo tiempo un capítulo de la ciencia paleontológica. Porque más que sus culturas, sus técnicas o sus costumbres, quisiéramos conocer el aspecto de quiénes las cultivaron y reconstruir el árbol genealógico de las razas. La historia de las razas humanas es acaso el meollo de la Historia, por lo menos en una interpretación biológica de la misma. Según esta última, la historia de la Humanidad no sería distinta a la historia de cualquiera especie animal o vegetal en que el estudio de la formación y proceso de sus razas muestra sus cruzamientos y sus luchas, imponiéndose una de ellas, que no será ciertamente ninguna de las originarias, y eliminando a las demás, hasta que en la evolución del planeta acaban todas por extinguirse. He de confesar que, salvando el aspecto espiritual del hombre y su destino sobrenatural, ésta es la interpretación de la Historia que más me seduce.

En este campo, ¡cuántos hallazgos sensacionales! ¡Cuántos misterios y cuántas esperanzas todavía! No sin cierta sorpresa se descubrió, ya en el siglo pasado, que los yacimientos cuaternarios contenían restos humanos pertenecientes a razas distintas de las actuales y con caracteres de mayor primitivismo que las europeas. Y si para el Paleolítico superior tales razas (Cromagnon, Canelade, Combe Capelle) pueden considerarse formas arcaicas del *Homo sapiens* actual, incluso en su raza blanca, en cuanto nos remontamos un poco más allá y alcanzamos el Musteriense, nos encontramos con una raza extinguida, la de Neandertal, que da idea de una población de tipo rudo, que acaso haya dejado algún vestigio en los australianos actuales y que hoy sabemos que se extendió por todo el Viejo Mundo, pues a dicho tipo parecen referirse los hallazgos de Broken Hill (Rodesia) y del río Solo (Ngadong, Java). Esqueletos enteros nos permiten conocer el tipo del hombre de Neandertal en todos sus detalles, aunque se nos escape el rostro, lo más interesante. Palestina ha proporcionado recientemente abundante material para estudiarlo, mostrando a la vez variantes del tipo general, acaso transición al hombre del Paleolítico superior o mezcla de razas, como otros hallazgos europeos hicieron suponer.

Mas esta raza es relativamente moderna, ya que, en los cálculos más

extremos, no puede remontarse más allá de cien mil años. Durante los cientos de miles de años de las primeras glaciaciones y sus etapas intermedias, los descubrimientos casuales, a veces a cierta profundidad, nos han dado a conocer tipos humanos mucho más primitivos y por completo extinguidos. Incluso cabe discutir si se trata de verdaderos hombres o de homínidos, ramas abortadas del tronco humano. Y así el llamado Hombre de Heidelberg, conocido por la mandíbula de Mauer (¡bien escaso resto!), puede pertenecer nada menos que a la segunda glaciación.

Muy antiguos parecen ser también los restos ingleses de Piltdown y Swanscombe, acaso del comienzo del Cuaternario el primero y del interglaciario Mindel-Riss el segundo. Éstos presentan el interés extraordinario de ser tan antiguos y al mismo tiempo ofrecer un aspecto de *Homo sapiens*. Resultaría así que en Europa, las culturas del hacha de mano, que se pierden en las profundidades de las etapas glaciares, pudieron ser obra de hombres blancos, de tipo no muy alejado del nuestro. Excusamos insistir en lo sensacional de tal resultado que dificulta la explicación simplista que la escuela evolucionista solía dar.

Pero donde se han hallado los vestigios de las más curiosas razas, ha sido en los restantes continentes del Viejo Mundo. Prescindimos de América, porque seguimos creyendo con Hrdlicka que ninguno de los restos antropológicos allí descubiertos es geológicamente muy antiguo.

Cuando en 1890 Dubois descubrió su *Pithecanthropus erectus* en Trinil, podían ponerse en duda sus afirmaciones. Pero hoy, tras los nuevos hallazgos en la misma Java, los maravillosos descubrimientos de Chu-Ku-Tien (restos de hasta 40 individuos del *Sinanthropus pekinensis*), los de Keilor (Australia), el *Australopithecus africanus* de Taung (que hoy se cree un homínido y no un chimpancé), el *Africanthropus* del lago Njarasa, los *Plesianthropus*, de los que todavía en 1947 se han encontrado más restos... nos damos cuenta de que fueron varias las ramas divergentes del tronco humano que se han extinguido. Por otro lado, los hallazgos de monos antropomorfos fósiles se han multiplicado y cuando contemplamos la mandíbula con caracteres humanoides del *Proconsul*, que es nada menos que mioceno, pensamos en la posibilidad de que ya en el Terciario final existieron hombres sobre la Tierra, hecho que los discutibles hallazgos de supuestos útiles humanos del Terciario final y del Cuaternario inicial no habían permitido aún afirmar.

También en esta cuestión los últimos estudios son renovadores. Se tiende cada vez más a admitir la coexistencia de ramas diversas del tronco humano durante el Paleolítico inferior. Los hallazgos recientes de Fontechevade (Clarente), en un nivel tayaciense, por tanto premusteriense, y de Quinzano (Verona), no hacen sino confirmar tal hipótesis. Acaso entre protantropos, paleoantropos y fanerantropos, para utilizar la nomenclatura de Sergi, existan, como quieren Weidenreich y otros autores, nexos que no habían sido sospechados. Las recientes noticias de vestigios de homínidos gigantes pueden abrir nuevos y raros horizontes.

La teoría de las mutaciones viene a explicar más satisfactoriamente la posibilidad de tales cambios raciales y ya no nos parece tan imposible

como creímos en otro tiempo que el paleontólogo y el prehistoriador puedan llegar a establecer la cadena entre unas y otras especies o razas hasta reconstruir el árbol genealógico humano, que, junto con el árbol genealógico de las culturas, es lo que más me importaría conocer de la Historia. Tremendo interrogante y apasionante problema que es probable que la ciencia no pueda resolver jamás y para el cual toda prudencia es poca.

Geocronología

Y como coronación de todos estos deslumbrantes resultados, la Geocronología, pues no podemos olvidar que no nos satisface una reconstrucción del pasado humano que no tenga a su lado la escala que usamos para los hechos históricos y para nuestra propia vida, la escala de años. El ingenio del científico se ha aguzado para ello hasta extremos insospechados.

Los americanos, por ejemplo, estableciendo la curva de crecimiento de sus árboles centenarios y enlazándola con la que puede elaborarse sobre los troncos prehistóricos que han podido ser conservados gracias al clima de sus comarcas del Sudoeste, han llegado a fijar una curva de crecimiento que abarca unos tres milenios, con lo que pueden fijar, con la precisión de un año, la fecha de sus ruinas prehistóricas, siempre que en ellas se encuentre un tronco aprovechable. No está excluido que tal método se extienda a otras partes del Mundo y que con el tiempo tengamos en él un auxiliar poderosísimo. Lo más curioso es que estas curvas de crecimiento parecen hallarse en relación con las de irradiación solar; incluso se indican sorprendentes coincidencias con anomalías de la irradiación solar durante el siglo XVII. Con ello se abren perspectivas sensoriales, como veremos.

Por su parte los geólogos nórdicos, ansiosos de fijar una cronología para las glaciaciones, han sabido descubrir un método infalible. Observando que en Escandinavia los hielos, al retirarse, dejaban cada año en los depósitos de antiguos lagos una ligera capa de barro formando una especie de laminillas (*varves*), han contado las que van desde la costa actual hasta los puntos que al ser alcanzados por la masa glacial en su retroceso marcan momentos finales de una determinada etapa. Cuando la masa glacial se dividió al llegar a un punto de las montañas escandinavas (lago Ragunda), podemos considerar que nos hallamos en el comienzo de los tiempos, climáticamente, modernos. No es de este lugar el dar más detalles de tan curiosos procesos científicos. Sólo diremos que se llega a la fecha del 6839 a.C. para el final del período llamado finiglacial y comienzo del postglacial, según De Geer, y la del 7912 a.C. para el final de la fase gotiglacial, que había empezado el 13219 a.C. La fecha del 7912 a.C. podría tomarse, según varios autores, como la más apropiada para señalar el comienzo de los cambios climáticos postglaciales en Europa a que nos hemos referido antes.

Enlazando esta cronología con la sucesión de períodos en el Báltico, a que ya hicimos referencia, y a través de comparaciones arqueológicas, obtenemos un sistema de fechas aceptable para el Mesolítico y el Neolítico europeos en general.

Si a base de esta cronología nos remontamos a las fases finales de la última glaciación, obtenemos para la tercera fase de la misma la fecha del 25000 según Zeuner. Ésta sería la fecha de nuestro Magdaleniense, y suponiendo, como es probable, que a esta época correspondieran las maravillosas pinturas de Altamira, sería también la fecha del apogeo del arte cuaternario, que sin embargo debió empezar mucho antes. Podríamos decir, pues, si ahora trasladamos la escala de años a la de generaciones, que nuestro abuelo número 450 pudo ser uno de los pintores de aquella cueva. No ocultaremos, sin embargo, que arqueológicamente parece difícil de llenar este espacio de tantos miles de años entre el Magdaleniense y el Mesolítico tal como resulta de la anterior fecha del 7912. Hemos de esperar alguna aclaración en este punto, aunque el mismo Zeuner, en 1947, ya ha aceptado una reducción para los 50,000 años de duración que había dado al Magdaleniense.

Para las etapas anteriores de la cultura humana carecemos de una base cronológica segura, pero en los últimos tiempos parece imponerse un cálculo que llenaría nuestras aspiraciones más ambiciosas.

Este cálculo se basa en la posibilidad de que los cambios climáticos, tanto los modernos que reflejan las curvas de crecimiento de los árboles, como los de épocas glaciares, dependan de la irradiación solar y sus modificaciones. La curva de irradiación solar muestra innegable paralelismo con las curvas de glaciación que los geólogos han establecido y ambas permiten un parangón con lo que sabemos de las oscilaciones de las líneas costeras:

Todo el cálculo de las curvas de irradiación solar se basa en el hecho de que el movimiento de la Tierra alrededor del Sol está sujeto a una serie de fluctuaciones periódicas a consecuencia de la oblicuidad de la eclíptica, la excentricidad de la órbita, la oscilación del eje de la Tierra o precesión de los equinoccios y otras causas menores. Estas fluctuaciones afectan a la irradiación recibida por la superficie terrestre. Como la energía solar se supone estable a través del Cuaternario, las fluctuaciones se refieren tan sólo a la distribución de la irradiación solar sobre zonas latitudinales de la Tierra. Esta teoría explica, pues, los cambios del clima pleistoceno, pero no la causa de que mientras el Terciario no tuvo fases glaciares, las ha tenido el Cuaternario.

Las etapas glaciares, según Zeuner, serían causadas por períodos de irradiación veraniega reducida y elevada irradiación invernal, mientras las interglaciares lo serían por períodos de condiciones moderadas, como las actuales, o por irradiación alta en verano y baja en invierno, que si bien no nos ahorran el clima frío y continental, no dejan que se formen masas glaciares.

Las curvas de irradiación solar fueron empezadas a calcular por Lagrange en 1782, realizando grandes progresos en ellas Leverrier (1843), y en los últimos años, Milankovitch, con otros colaboradores, nos ha dado las curvas, por ahora definitivas, en que se basan las fechas impresionantes que vamos a resumir a continuación.

Para el límite plio-pleistoceno, esto es, el comienzo del Cuaternario, se señalan 600,000 años. 500,000 para el primer interglaciar, que dura-

ría 60,000 años. 400,000 para el segundo interglaciario, que duraría 190,000 años. 180,000 para el último interglaciario, que duraría 60,000 años. 20,000 años desde el final de la última glaciación. Referido a las industrias, las fechas serían las siguientes. Antes de 540,000 años para el Preabbevillense; del 540,000 al 480,000 para el Abbevillense; del 430,000 al 130,000 para el Achelense; del 540,000 al 240,000 para el Clactoniense; del 250,000 al 70,000 para el Levalloisiense; del 140,000 al 70,000 el Musteriense; del 100,000 al 70,000 el Auriñaciense; del 70,000 al 20,000 el Magdaleniense y del 20,000 al 7,000 el Mesolítico. Éstas son las fechas de Zeuner en 1946 y a ellas, sobre todo en lo referente al Paleolítico superior, habríamos de hacer muchas objeciones. Pero las damos porque en conjunto representan la tendencia actual de la Ciencia y en todo caso hoy no puede postularse para el hombre una antigüedad sobre la Tierra menor de medio millón de años.

*El aspecto social
y el porvenir de
la Prehistoria*

No sería completo el cuadro de los resultados a que ha llegado la Prehistoria en los últimos decenios si no apuntáramos también el progreso que ha realizado como ciencia social.

Cada día los prehistoriadores se dan mejor cuenta que han de huir del peligro de convertir su ciencia en lo que los colegas rusos llaman despectivamente *veschedvedenniya*, reliquiología. No puede reducirse su estudio a clasificar fríamente sílex y cacharros. Han de trabajar del brazo del etnólogo y del sociólogo para dar a las clasificaciones tradicionales en edades y períodos arqueológicos una flexibilidad que les acerque a las realidades cambiantes, históricas, de la vida de los pueblos. Han de superar definitivamente la confusión en que todos hemos caído, de llamar culturas a cualquier agrupación de unos cuantos elementos materiales, multiplicando su número y ocasionando el ineludible enredo entre lo que son puras influencias industriales, emigraciones étnicas o natural evolución sobre el terreno por imposición del medio y de las circunstancias sociales. No hay que olvidar nunca que el hombre ha actuado y ha creado instrumentos y soluciones materiales movido por un espíritu e influido por unas tradiciones y unos imperativos sociales y que nos interesa la función, no simplemente el útil que la realiza.

Los autores ingleses, que van ahora a la cabeza de la investigación, han puesto de relieve estos últimos años el valor de la Prehistoria y de la Arqueología en general como ciencias sociales, así como su valor educativo, propugnando incluso que sus métodos sean extendidos al estudio de la Edad Media cuando menos.

Por otra parte es evidente que la Prehistoria, y en general la Arqueología, ofrecen un campo en que todas las naciones actuales aparecen unidas, interesadas en la investigación de problemas históricos comunes. No separan, sino que unen. Hablan un lenguaje que es igual para todos, del mismo modo que los monumentos artísticos llegan directamente al espíritu de las gentes más diversas de raza, lengua o condición, lo que una obra de Shakespeare no consigue.

La Prehistoria, al no darnos nombres ni de sabios ni de héroes, otorga todo el valor del recuerdo, sin duda injustamente muchas veces,

a la masa social. Esto va muy bien con las ideologías que hoy dominan el Mundo. Ello sólo, si no fueran las restantes razones aducidas, bastaría para que pronosticáramos que la Prehistoria y la Arqueología son ciencias con un gran porvenir.

Obstáculos al estudio de la Prehistoria

Bien. Hemos cantado las glorias que la ciencia de la azada ha añadido al escueto relato histórico. Pero sería engañoso no mostrar el reverso de la medalla, la inevitable miseria de nuestros conocimientos y de nuestros métodos, las dificultades casi insuperables con que topamos. Huyamos de practicar el engaño que supone una excesiva confianza en los resultados de la Prehistoria, engaño en que caen tantos profanos sin darse cuenta, por la falta de sinceridad de muchos de los prehistoriadores.

Esta falta de sinceridad procede en parte de la vanidad, el gran pecado de los científicos, y, en parte, de lo que obliga el tener que escribir manuales y síntesis en que no puede usarse de manera seguida el tono dubitativo y en que al presentar las grandes líneas de la evolución humana se adopta el tono dogmático que ha de engañar al lector.

Aquí vamos a despojarnos de esta vanidad. Vamos a hacer, como dijimos antes, examen de conciencia.

Escasez de hallazgos

En primer lugar, salta a la vista que la juventud de nuestra ciencia, — cuenta con poco más de un siglo —, no permite tener gran confianza en la madurez de sus resultados. Éstos se basan en datos dispersos y escasos si se piensa que cubren espacios inmensos y tiempo incalculable.

Enorme cantidad de hechos decisivos no han dejado vestigios arqueológicos o, lo que es más probable, si los han dejado no han sido hallados todavía y quizá no se hallarán nunca. Por esta razón las síntesis que se intentan son siempre precarias. Un nuevo hallazgo importante, que a lo mejor cubre él solo varios miles de años, altera por completo el sistema anterior y obliga a esas alteraciones que perturban al no especialista y le irritan al darle la impresión de que la Prehistoria es cosa poco seria, entregada a las elucubraciones de unos cuantos imaginativos. Imaginad lo que sería la reconstrucción de las emigraciones de los pueblos bárbaros al final de la Antigüedad, si no tuviéramos otra fuente que los datos de sus necrópolis o de sus poblados.

Y nos preguntamos: ¿serán en número suficiente los yacimientos todavía por descubrir, tras dilapidar tan gran caudal de ellos durante los últimos cien años, para que no nos falten elementos para una reconstrucción satisfactoria? Tremenda duda, a la que no podemos contestar.

Falta de datos sobre el aspecto espiritual de la vida prehistórica

No es menos dañoso a nuestra ciencia el que se le escape la parte espiritual de su vida. Recuperamos los útiles y los cacharros, y aun no todos, pues el enorme cúmulo de utillaje en madera o en cestería se ha destruído por la acción del tiempo. Pero todo ello ocupa un lugar secundario en la vida del primitivo, del hombre, en una palabra. ¿Qué sabemos de su organización social y política, de su religión? Querría-

mos saber cómo se casaban y qué régimen de propiedad tenían, la educación que daban a sus hijos y la forma de su caudillaje, sus dioses y sus ideas sobre la otra vida y todo ello nos huye para dejar solamente en nuestras manos unos cacharros rotos y unas pocas piedras labradas, que aún sirven para que se nos caricaturice. Y bien cierto es que no buscamos el cacharro por el cacharro, ni el sílex por el sílex, aunque nos complazcamos en clasificarlos meticulosamente. Tras el vaso o la piedra pretendemos alcanzar al hombre, al ser racional que los ideó y los labró, adivinar qué pasaba por su mente, estudiando el producto de su actividad manual, reflejo de una actividad mental previa.

Uno de los mayores vacíos en este aspecto es el total desconocimiento del lenguaje prehistórico, para el que no hay remedio. La hipótesis reciente de que el progreso que representa el Paleolítico superior sólo se explica como consecuencia de un paso decisivo del lenguaje hacia su perfección, es nada más que un atisbo que nunca podrá ser demostrado.

Algo vislumbramos de las creencias de nuestros remotos antepasados, pues la presencia de sepulturas, la de pinturas u otros vestigios que dependen más que los simples útiles de posiciones espirituales, nos ilumina fugazmente sobre algunos aspectos de su manera de pensar. Pero es poco comparado con lo mucho que desconocemos. Por fortuna viene en nuestro auxilio la Etnología.

Fallas de la Etnología como auxiliar de la Prehistoria

La Etnología, gracias al estudio de los primitivos actuales que se realiza por medio de la convivencia duradera con ellos, permite alcanzar el alma del primitivo y vislumbrar sus más recónditos repliegues. Pero como ya apuntamos, la Etnología carece de una cronología firme y por otra parte el llegar a conocer la mentalidad del primitivo actual, no es tan fácil como nos haría creer un estudio ligero del problema. Las rápidas visitas de exploradores fracasaron en este sentido; recuérdese a este propósito la afirmación de Darwin, de que los fueguinos no creían en Dios, tras haber pasado breves días con ellos. Los misioneros o los viajeros que han permanecido largo tiempo conviviendo con los indígenas en las colonias europeas, han logrado darnos una imagen de las creencias y mentalidad de los atrasados, los salvajes como corrientemente les llamamos. Pero el cuadro que de ellos se nos traza no siempre está libre de prejuicios. Y en todo caso no puede decirse que los etnólogos anden de acuerdo sobre una clasificación de las culturas primitivas ordenadas cronológicamente. Ni sobre el verdadero carácter de la mentalidad primitiva; recuérdense, a este respecto, las polémicas sobre la hipótesis de la mentalidad prelógica de Lévy-Bruhl.

El hecho de que se disputen el campo diversas escuelas y métodos etnológicos, radicalmente opuestos, es indicio del atraso de dicha ciencia. Ya hoy son muchos los que creen superada la etapa histórico-cultural y se afilian a la escuela funcionalista, a la simplemente historicista o incluso a la estafalaria psicoanalítica.

Etnología y Prehistoria luchan con dificultades semejantes cuando tratan de sacar deducciones generales de sus datos aislados. Ambas conocen la moda en la sucesión de grandes tendencias, a manera de

axiomas que se aceptan sin discusión por la masa de investigadores durante unos años hasta que una nueva explicación, esquema o punto de vista le sustituye en el ánimo de la mayoría. Lo que decimos se ve confirmado por la multiplicación de métodos y escuelas etnológicas a que ya hicimos referencia y por las contrapuestas opiniones que se manifiestan en problemas tan fundamentales como el del verdadero carácter del matriarcado, para citar un ejemplo. Pero sobre todo en la vieja y siempre renovada polémica sobre derivación o convergencia. De que se prefiera una u otra de dichas explicaciones, nacen síntesis radicalmente opuestas. Hace unos años la escuela histórico-cultural arrastró casi todas las opiniones en favor de la derivación y contra la teoría de las ideas elementales de Bastian. Hoy, la reacción contra dicha escuela, es causa de que muchas voces se levanten reclamando un papel mayor para la convergencia. La actitud más extrema en este punto nos la señala la escuela rusa, que movida sin duda por imperativos de su ideología política, defiende la evolución de las sociedades y las técnicas sobre el terreno, por imposición del ambiente y presión social. Se tiende a rebajar el papel de las invasiones, que con tanta despreocupación han utilizado los prehistoriadores como explicación a los cambios de cultura material que los yacimientos señalan.

Y cuando intentamos explicar los fenómenos de la vida espiritual de las sociedades prehistóricas partiendo de su comparación con sociedades primitivas actuales, el fracaso es evidente. Ciertamente que logramos una equivalencia en términos generales y así podemos explicar el uso de determinados instrumentos o el fenómeno del arte cuaternario como reflejo de concepciones mágicas y de organizaciones totemistas, pero al querer equiparar en detalle tal cultura prehistórica con tal grupo moderno y deducir todo un sistema de organización social de un solo detalle de la vida material que se nos haya conservado, nuestra duda y nuestro escepticismo son demasiado fuertes. Los intentos del P. Schmidt, como el de suponer una sociedad matriarcal a base del uso de palafitos en un determinado momento de la Prehistoria europea, para citar un ejemplo, no han obtenido el asenso general.

La Etnología marca, pues, un camino que hay que seguir, pero reconociendo que estamos dando los primeros pasos por él y que del mismo no podemos esperar por ahora la solución de los problemas que plantea la vida del primitivo.

Dificultades de orden práctico en la investigación prehistórica

Otra de las fallas, y no de las menos graves de la Prehistoria es lo precario de sus hallazgos y la facilidad con que se pierden para la ciencia.

Imaginad por un momento el proceso del descubrimiento prehistórico. Sólo una parte de los yacimientos puede explorarse de modo sistemático. Tal ocurre con los que dejan al descubierto señales que les pueden identificar fácilmente: cuevas, dólmenes u otros monumentos megalíticos, poblados. Éstos cabe inventariarlos, pero no todos, pues aun bastantes de ellos siguen descubriéndose casualmente, y tras inventariarlos, excavarlos. Las restantes estaciones con yacimiento de

toda clase: necrópolis, sepulturas en fosa o en grieta, fondos de cabaña y yacimientos arqueológicos o antropológicos paleolíticos, cuevas con la entrada tapada, pinturas rupestres, etc., llegan al conocimiento del profesional establecido en un museo o en una cátedra de la ciudad, de manera muchas veces accidental a través de sus corresponsales del campo, quienes a su vez lo han recibido de un pastor o de un campesino, con frecuencia mucho tiempo después de haberse descubierto y acaso destruido por el ignorante descubridor.

Todo ello con una extensa y sólida organización que comprendiera desde prospectores y corresponsales locales hasta los Museos e Institutos de investigación, podría aún salvar de manera relativamente satisfactoria esta dificultad. Pero tal sólida organización ideal no la posee ningún país del mundo y no es fácil que por ahora, con el poco aprecio social por la Prehistoria, ningún Estado u organismo oficial se atreva a crear una estructura que habría de ser muy costosa, para que no se pierda ningún documento del remoto pasado humano.

La realidad es en este sentido desconsoladora, y para convencernos de ello podemos mirar a nuestro alrededor en los países que conocemos. En todos ellos hay reglamentos bien meditados, pero dadas las circunstancias del hallazgo prehistórico, su eficacia, es mucho menor en la práctica de lo que cabría imaginar *a priori*, y faltos de una estructura personal sólida, sus disposiciones suelen ser letra muerta o poco menos. Pensemos en nuestro país, que cuenta con un sistema de los más perfectos, con sus comisarías de excavaciones bien engranadas, pero en el que la falta de recursos y la desunión de los arqueólogos esteriliza la eficacia del mismo, pese al celo de todos.

La casualidad gobierna nuestras investigaciones. Carecemos de inventarios satisfactorios de los yacimientos visibles, para elaborar los cuales haría falta la labor de varios años de dedicación de numerosos arqueólogos. En cuanto a los hallazgos casuales, ¡cuántos y cuántos se pierden para la Ciencia! ¡Cuántas veces nos llegan noticias que no podemos comprobar por falta de medios, y cuántas veces las noticias se refieren a hallazgos que ya fueron destruidos!

Pero supongamos un hallazgo casual cuya noticia se ha salvado o un yacimiento conocido que va a excavarse. El número de nuestros excavadores expertos, que puedan dedicarse a ello sacrificando su tiempo, es reducido. No es raro que el yacimiento lo explote el particular que lo descubrió, sin ninguna garantía y sin otro afán que el de cosechar objetos. También puede darse el caso del yacimiento clásico que es largo tiempo explotado por todo el mundo (Paleolítico madrileño por ejemplo). Todo ello sin contar con los problemas de competencia entre centros o provincias diversas, de prioridad, de depósito de objetos, etc.

Aun eliminadas todas estas dificultades y suponiendo que se llega a tiempo de que el yacimiento no haya sido estropeado, las dificultades no han terminado. Son menester personal y medios adecuados.

Para lo primero, hay que contar con un equipo, no siendo aconsejable que una persona sola se halle al frente de la excavación, teniendo que atender a redactar el diario, anotando todos los hallazgos y circuns-

tancias, sacar fotografías, arreglar los paquetes de objetos para su transporte, dirigir la labor de excavar, etc. Personas que sigan sin interrupción, por ningún motivo, todos los trabajos desde el comienzo hasta el fin. Personas, por último, cuya capacidad sea probada y merezcan la confianza del mundo científico. Todos estos requisitos han de exigirse con mayor rigor para ciertos tipos de yacimientos, raros o en que la observación de las circunstancias de los hallazgos y su estratigrafía tengan especial interés.

No se olvide que el yacimiento prehistórico es un documento que sólo se puede leer una vez, ya que se destruye conforme se va leyendo, y el que lo lee no sólo ha de saber leer, valga la frase, sino que ha de saber transcribir fielmente lo que ha leído y que nadie más podrá ya controlar. Ha de merecer el crédito de quienes no pueden leer el documento y han de fiarse de lo que él les transcriba.

Por último, es necesario que algún naturalista, geólogo particularmente, esté presente por lo menos en parte de los trabajos, pues raras veces el arqueólogo podrá apreciar con detalle y exactitud las condiciones geológicas de la estación. La colaboración de paleontólogos, antropólogos y químicos, igualmente necesaria, puede prestarse cuando ya el material se halle en el Museo. Y no se olvide la necesidad de que cuanto se haga esté respaldado por una buena cartografía.

En cuanto a los medios, hay que confesar que la excavación es cara. Transporte de útiles y materiales, vivienda en zonas apartadas, en lo alto de montes escarpados, o dentro de las cuevas, jornales de los obreros y una serie de otros capítulos que suponen sumas crecidas y penalidades sin cuento.

Cierto es que tales penalidades se hallan compensadas por los encantos de la vida que lleva el arqueólogo en contacto con la Naturaleza, al aire libre, por el comercio oral con los obreros, pastores o campesinos. Entre los mejores recuerdos de mi vida figuran mis relaciones con esas gentes, sencillas e ignorantes, ingenuas pero vivas y fieles, que pronto se interesan por su labor, que comprenden a medias, y se hacen devotos del investigador en quien respetan al hombre que sabe tantas cosas que ellos ignoran.

Pero las dificultades, problemas y peligros para el documento prehistórico no terminan con su llegada al museo o centro de investigación. Ha de ser lavado, reconstruido o sometido a proceso de conservación. Esto se puede realizar en un laboratorio bien dotado, y dudo que en España existan más de tres centros de este género y aun no perfectos ni mucho menos, y lo mismo cabría decir de los países extranjeros que conocemos. Su excavador ha de estudiarlo, clasificarlo e inventariarlo. La labor se multiplica, pues a veces una sola estación proporciona centenares de miles de piezas. Y luego ha de publicar sus resultados. Todo ello es un proceso largo, a veces de muchos años, en los cuales el excavador, aunque no tenga otra cosa qué hacer, se ve solicitado por nuevas excavaciones que por razones diversas no puede eludir. Y así, lo más frecuente, es que a los pocos meses o a los pocos años de una excavación se publique una corta nota de los resultados y luego se dilate

la publicación detallada. No es raro que pasando tantos años la excavación no llegue a publicarse nunca y su autor se dedica ya a otros menesteres o desaparece dejando notas y materiales que no siempre serán de fácil reconstrucción y publicación por otras personas.

Como no quiero que ningún colega se sienta aludido o molestado por mis palabras, citaré un ejemplo que me atañe. La cueva del Parpalló se excavó de 1929 a 1931. La primera nota algo detallada se publicó en 1933 y en 1942 un libro bastante detallado. Pero aún queda por hacer una publicación adecuada de algunas de las manifestaciones de su cultura y más de cien mil sílex por clasificar. Es dudoso que yo pueda acabar todo el trabajo y verlo publicado debidamente. Y esto tratándose de una estación de primer orden y en la que se han dado una serie de circunstancias afortunadas.

No es, pues, extraño que pocos yacimientos, que no sean sencillos o de reducido material, puedan superar todos esos obstáculos y lleguen a la plenitud de nuestro conocimiento en publicaciones adecuadas. Lo más frecuente es que se vayan acumulando los materiales en los almacenes, sufriendo toda suerte de azares y peligros y haciendo necesario, como alguna vez se ha dicho, excavar en los museos. Y hay que reconocer que es mucho más difícil darse cuenta del valor y cronología de los objetos cuando se han excavado en un museo que cuando se han excavado en el yacimiento original.

Contra los peligros expuestos y que nos asusta imaginar, alguna vez hemos lanzado, al igual que otros arqueólogos han hecho por su parte, la sugerencia de que se suspendan por algunos años los trabajos de excavación. Pero esta medida, aunque fuera posible imponerla a todos, no es viable, pues hay muchos hallazgos casuales que no se pueden dejar de estudiar, ya que los yacimientos no pueden quedar al descubierto y muchos han de destruirse por obras o explotaciones ineludibles. Sin embargo, un cierto *ralenti* en los nuevos trabajos sí que es aconsejable, una vez convencidas las corporaciones que subvencionan la labor arqueológica de que por unos años su dinero no iba a verse correspondido por la intensa aportación de objetos a sus museos. En tal sentido se pronunció recientemente el IV Congreso de Arqueología celebrado en Elche la pasada primavera.

Hay otro factor perturbador, el coleccionismo. Pues como coleccionismo hemos de calificar el afán que lleva a simples aficionados a explotar los yacimientos y a emocionarse ante una pieza de sílex, por ejemplo, sin preocuparse de las circunstancias del hallazgo. Por fortuna, la acción del coleccionismo, no es en Prehistoria muy sensible. La fealdad, de alguna manera hay que llamarla, de las piezas de sílex o de las toscas cerámicas, no llega a impresionar a los coleccionistas de cerámicas modernas, de cuadros o de otras chucherías. Si esto es lamentable desde el punto de vista de la protección que pueda hallar la investigación prehistórica, es favorable en cuanto elimina en gran parte un factor de perturbación. ¡Imaginaos si los coleccionistas, tan respetables en cuanto actúan sobre elementos que carecen de valor documental insustituible, se interesasen por los sílex paleolíticos o por las cerámicas

neolíticas o hallstáticas, y esas piezas tuvieran un valor tentador en el mercado! El peligro que correrían nuestros yacimientos arqueológicos sería mucho mayor que el que corren ya actualmente. Tan sólo notamos esta perturbación para las etapas más modernas de la Protohistoria, para las obras de arte colonial o de arte ibérico.

Casi es innecesario decir que ponemos a un lado, con todo el respeto que merecen, los que forman una colección a base de trabajos de exploración realizados metódicamente. Estos no han de considerarse de categoría inferior a los más auténticamente profesionales de entre los investigadores. En realidad, en Prehistoria sería difícil señalar un criterio para distinguir el profesional del aficionado. Todos somos aficionados y sólo el grado de objetividad, desinterés y método puede establecer una jerarquía.

Después de lo expuesto se comprenderá sin duda mejor la tremenda deficiencia de los estudios prehistóricos y lo precario de sus resultados. Es bien patente su inferioridad respecto de los estudios históricos a base de documentos escritos para los que los archivos ofrecen fácil campo a la rebusca y cómoda comprobación de trabajos anteriores.

Tres ejemplos de hipótesis contrapuestas y de dudas insolubles

Todo lo dicho hasta ahora quedaría en un breve ensayo sin consecuencias si no lo ilustrásemos, aunque sea brevemente, con algunos ejemplos sacados de la investigación reciente. Tales ejemplos nos servirán para confirmar cuánto en las páginas anteriores hemos dicho. Nos mostrarán la especie de tortura a que está sometido el prehistoriador encerrado en la estrechez de sus conocimientos, apresado por esquemas que es difícil desechar, acuciado por nuevos hallazgos a alterar el sistema grato durante años.

Elegiremos tres momentos cruciales de nuestro remoto pasado. El primero, aquel en que por primera vez los españoles antepasados remotos nuestros, nuestros abuelos, del milésimo quingentésimo al tricentésimo, si hemos de creer a los cronologistas de moda, realizaron la gran creación cultural del Paleolítico superior.

El segundo, cuando los españoles, nuestros abuelos centésimo quincuagésimo al centésimo vigésimo, después de una larga Edad Media llevaron otra vez la cultura hispana a su apogeo una vez recibidas las aportaciones neolíticas y el conocimiento del metal.

El tercero, ya al final de los tiempos prehistóricos, en plena Protohistoria, cuando los pueblos clásicos se ponen en contacto con España y ésta pasa de las oscuridades de la barbarie a la plena luz de la civilización. Ello ocurría no hace más de veinticinco siglos y nuestro abuelo sexagésimo conoció aún los últimos momentos de esta fase.

Tres momentos cruciales y que la investigación prehistórica ha estudiado intensamente. Tres momentos que vemos hoy día tan oscuros como hace veinticinco años, con la agravante de que ahora nos damos mejor cuenta de las dificultades y problemas con que hemos de luchar y ha desaparecido el optimismo que entonces pudo hacernos creer fácil nuestra labor de reconstrucción.

Vayamos al primero.

Nos hallamos en el primer momento de civilización con creaciones elevadas del espíritu humano. El hombre tiene tras sí unos cientos de miles de años y está luchando con los rigores de la última fase de frío intenso. Ha superado la etapa más difícil de su vida y está próximo a emprender una acelerada marcha hacia el progreso técnico. La población ha aumentado, el cuadro racial es complejo y se están produciendo grandes movimientos emigratorios. Nace el primer arte, un arte maravilloso, que si sobresale un momento en la escultura se revela pronto insuperable y «modernista» en la pintura y el grabado. Precisamente este arte parece nacer en España y comarcas vecinas de Francia.

En el esquema que hace veinticinco años propugnaban los profesores Bosch y Obermaier, al que hacemos constantes referencias, tanto por representar durante mucho tiempo la «ortodoxia» en nuestros estudios, como por haber tenido un eco en el discurso con que ingresó en esta docta Corporación el primero de los autores citados, en 1922, esta época tenía para la Península una estructura sencilla. El Occidente se repartía en dos grandes culturas: una europea de origen nórdico en sus tres clásicas fases de Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense. Otra africana: Capsiense. Una lejana raíz común entre capsienes y auriñacienses no era obstáculo a una creciente disparidad entre ambos mundos de la técnica. Capsiense era lo mismo que decir microlítico.

Europa y África, frente a frente, se disputaban la posesión de España. Y, como en una ocasión posterior, se repartían su dominio. El dominio de lo europeo se reducía a una faja cantábrica y al norte de Cataluña. Venía a ser como una prefiguración de los límites de la primera etapa de la Reconquista. El resto de la Península era capsiente. Capsienses eran por lo tanto las pinturas rupestres de las montañas del Levante. Sólo se admitían de manera aislada vagas infiltraciones de lo nórdico hacia el Sur.

Cuando nos preguntamos en qué se basaba esa magnífica construcción que todos creíamos solidísima, quedamos maravillados de ver cuánta presunción era la nuestra y con qué escasos datos habíamos montado la hipótesis.

Todo aquel andamiaje se ha derrumbado en veinte años.

En primer lugar, los hallazgos del Parpalló demostraron que la secuencia europea de Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense, había alcanzado hasta comarcas meridionales, y pusieron en guardia respecto de la importancia del Capsiense. Poco a poco se fué viendo que lo europeo dominaba en toda la Península. El Solutrense, con las inesperadas formas extraordinarias, revolucionarias, que produjo el Parpalló, se daba en todo el Levante desde Cataluña hasta la provincia de Almería e incluso en Madrid. La sucesión de culturas madrileñas, por su parte, era también objeto de radicales revisiones, sin que hasta el momento presente se haya logrado un nuevo esquema satisfactorio de las mismas. Mientras tanto, investigadores africanistas creían poder demostrar que el Capsiense era una industria tardía, ya del Paleolítico final. El esquema anterior parecía invertido. España no era africana, sino europea.

Pero más tarde nos hemos dado cuenta que las cosas no eran tan sencillas como habíamos creído. En primer lugar, el Magdaleniense no bajó al sur de la faja cántabro-pirenaica, excepto en esta prolongación curiosa, que cada día resulta más rara e inexplicable, de los montes de Gandía, el Parpalló concretamente, prescindiendo de una posible y vaga penetración paralela por la costa del Atlántico hasta cerca de Lisboa.

Después vimos que el Auriñaciense no se presenta como una cultura homogénea, sino que probablemente tiene dos corrientes o variantes, el Auriñaciense propiamente dicho y el Gravettiense o Perigordiense; el primero, sería la obra del hombre de Crô-Magnon y el segundo la del hombre de Combe-Capelle. El último es el que domina en la Península, por lo menos en el Sur y Levante, y probablemente sus representantes constituyen la primera capa homogénea y algo densa de españoles, en el sentido de antepasados nuestros directos. La extensión de cada una de estas facetas por la Península resulta todavía algo oscuro, pero imaginamos que el Auriñaciense propiamente dicho se hallará en la faja septentrional.

Sin embargo, de las tres citadas, la cultura que más da qué hacer a los prehistoriados es la solutrense. La sorprendente aparición dentro del Solutrense peninsular de los tipos de puntas de flecha de aletas y pedúnculo, que no se creían nacidas hasta el Neolítico, probaba que en España existió por lo menos un foco secundario del Solutrense, independientemente del foco de origen que se creía ser (y algunos siguen creyéndolo así) Hungría. Se complica el problema cuando se hace entrar en él el factor africano. Resulta que en África, durante el Paleolítico superior, dominan industrias de retoque bifacial claramente solutroides en su aspecto. Son las de Still-Bay en el Este y Sur y la ateriense, con una fase esbaikiense, nombre que hoy cae en desuso, desde Marruecos al oasis del Kharga. Precisamente el Ateriense posee puntas de pedúnculo y aletas. Técnicas semejantes, en momento similar, es difícil dejar de ponerlas en relación, sobre todo habiendo creado ambas, tan próxima una de la otra, formas tan extraordinarias. Esto que a primera vista se impone, lo hemos defendido y, con nosotros, notables investigadores ingleses. Pero otros, de gran autoridad, no se muestran conformes, y el problema está lejos de resolverse. Digamos sólo que el hallazgo reciente de yacimientos en el extremo Noroeste africano con piezas que podrían cambiarse por las del Parpalló, nos da la seguridad de que por lo menos el contacto entre África y Europa fué una realidad.

Mas no acaban con ello los problemas que el Solutrense plantea. Estos solutrenses nos aparecen como formando bandas emigrantes. ¿Cómo se relacionan con la población gravettiense, que, por lo menos en sentido relativo, podemos llamar indígena? ¿Qué simbiosis se establece entre los dos pueblos? Lo cierto es que los gravettienses subsisten cuando ya los solutrenses han desaparecido, no sabemos cómo.

El tratar de la raza a qué pertenecerían tales solutrenses, nos llevaría muy lejos. De alguna manera está relacionado con el obsesionante enigmá de nuestro arte rupestre.

Es bien sabido que el arte rupestre occidental comprende dos pro-

vincias con estilos diferentes. La provincia franco-cantábrica y la levantina. La tesis clásica, la del abate Breuil, sostiene la contemporaneidad de ambos estilos. Esta idea parecía perfecta cuando se creía al Levante asiento de la cultura capsiese. Ahora es difícilmente sostenible. Nuestra hipótesis es la de que el arte rupestre levantino se entronca con el franco-cantábrico en el Auriñaciense o Solutrense y luego continúa siendo cultivado en las sierras levantinas por los epigravettienses, evolucionando durante el Paleolítico final y el Epipaleolítico, creando entonces la pintura de escenas humanas y agotándose en los milenios que preludian el Neolítico, cuando ha degenerado en un esquematismo exagerado. Otros investigadores, como mi querido colega el profesor Almagro, tienden a hacerlo claramente epipaleolítico y neolítico. Esta es una cuestión que tiene terriblemente divididos a los prehistoriadores y que ahora no nos proponemos tratar. Tan sólo la citamos, porque la cronología del arte rupestre levantino tiene que ver con el africanismo de nuestro Paleolítico superior.

En efecto, los hallazgos del Parpalló han mostrado que fueron las gentes de la cultura solutrense las que mayor afición tuvieron por la pintura y que en dicha época se pintaba en Levante, aunque no todavía figuras humanas. Pero es que tales solutrenses se relacionan por su industria, como hemos visto, con África, y en África, en toda ella, pero especialmente en el Este y Sur, hay pinturas rupestres y tales pinturas presentan parecido evidente con las españolas y parecen muy antiguas. En algunos casos en que se han explorado yacimientos al pie de las pinturas, se han hallado industrias de Paleolítico final y Epipaleolítico, lo mismo que ocurre en varios abrigos pintados de Levante. Industria y arte podrían ser africanos y España una prolongación de los mismos con interesantes focos secundarios. Sin embargo, apresurémonos a declarar que la maravilla que el genio español creó en Altamira no tiene rival, por lo que no podemos considerar lo nuestro simplemente como un reflejo de focos lejanos.

Además, el conocimiento de industrias microlíticas en el Paleolítico superior europeo, que antes no se habían conocido por la perogrullesca razón de que las tierras de los yacimientos no habían sido cribadas, ha complicado la visión que se tenía de este tipo de industrias y ha oscurecido el papel del Capsiese. También ha resultado que la decoración geométrica aparece en el arte mobiliario simultáneamente con la naturalista y algunos de sus motivos tienen extraordinaria similitud con los capsieses. Un tipo que se daba como característica del Sebiliense egipcio y de su supuesto pariente (hoy no se cree ya así), el Capsiese, el llamado microburil, se ha descubierto en el Paleolítico superior del Sur de Italia y en el Parpalló. ¿Qué pensar de todo ello? ¿Hubo realmente un Capsiese en época antigua que irradió hasta Europa en el período solutrense? ¿O bien, como quiere ahora Miss Caton-Thompson, el Capsiese no sería otra cosa que el reflejo del Gravettiense europeo, fenómeno aislado en medio de una África uniformemente levalloiso-musteriense, derivando hacia el Solutrense (Still-Bay-Ateriense) con un *enclave* gravettiense en el Kenia que puede proceder directamente de Asia?

En resumen, que al cabo de treinta años creemos algo casi opuesto a lo que entonces se afirmaba. Pero se han levantado tantos problemas nuevos, que dudamos en cuestiones fundamentales y tenemos la impresión de que ignoramos la directriz esencial de los acontecimientos.

El episodio eneolítico español

Vengamos al segundo ejemplo que nos hemos propuesto.

Han pasado varios miles de años. El clima se ha estabilizado con ligeras modificaciones que producen un óptimo climático. Estamos en el tercer milenio. Buena parte de los españoles han asimilado los inventos surgidos en Oriente. Las primeras variedades de trigo y otras especies vegetales son cultivadas. El hombre dispone del perro como animal doméstico y cría ganado vacuno, cerdos, carneros y cabras. Fabrica cerámica y no sólo se viste de pieles, sino también con tejidos. Agrupa sus chozas en verdaderos poblados y sabe construir residencias más sólidas, con muros de piedra, y rodea sus aldeas de murallas. Entierra sus muertos con numerosas ofrendas y en algunas comarcas levanta enormes monumentos funerarios de piedra. Empieza a explotar el metal y a utilizar las riquezas de este orden en que tan abundante es la Península. Sin duda mantiene contacto con comarcas lejanas y conoce, en las zonas más avanzadas, una rudimentaria organización política. Puede decirse, pues, que España ha dado el salto decisivo hacia el progreso.

El aumento de la población explica el número crecido de los yacimientos de la época. Ya no contamos las estaciones, como para el Paleolítico, por unidades, sino por docenas. Lógicamente debiéramos esperar que las dudas y problemas fueran ahora menores. Veamos si es así.

Hace un cuarto de siglo el esquema que se aceptaba y que ante esta Academia se leyó, admitía que durante el tercer milenio, lo que se llamaba el Neolítico final y el Eneolítico, la Península estaba repartida en cuatro dominios culturales denominados cultura del Sudeste o de Almería, cultura central o de las cuevas, cultura megalítica occidental o portuguesa y cultura pirenaica. Cada una de ellas pasaba por unas etapas bien definidas, en las que se distribuían perfectamente todas las estaciones conocidas. Se señalaban varias influencias mutuas y contactos con el exterior. El proceso se hacia terminar en el año 2500 a. C. Detalle importante del sistema era que en el círculo occidental se originaba la arquitectura dolménica, que pasaba por una evolución iniciada por los grandes sepulcros de planta sencilla y terminaba en los magníficos sepulcros de cúpula.

También la anterior construcción, no obstante apoyarse en un número crecido de datos, ha quedado derruida. A pesar de que en estos veinticinco años no han sido realmente muy numerosas las grandes exploraciones de yacimientos de dicha época, hoy dominan puntos de vista que en gran parte son opuestos a la visión indicada.

En primer lugar, ahora pensamos que las culturas prehistóricas no debieron extinguirse de forma súbita en el momento en que a nosotros nos parece que hemos de señalar el comienzo de una nueva edad. El

comprender el fenómeno de la perduración cultural, especialmente en comarcas apartadas de las grandes vías de comunicación, ha sido una de las mayores adquisiciones recientes de la Prehistoria. Esto y los cambios generales en la cronología prehistórica europea, explican que la fecha del 2500 a.C. haya sido totalmente rechazada y que hoy admitamos la perduración de fenómenos neo-eneolíticos hasta muy avanzado el segundo milenio.

Objeto de vivos ataques ha sido el esquema evolutivo de los megalitos peninsulares tal como lo presentara el profesor Bosch, primero por parte de autores extranjeros y luego por autores nacionales. Se ha hecho notar que nada autoriza a admitir un foco inventor de los dólmenes en las montañas de Portugal y que debiendo creerse en una venida del exterior, llegarían los monumentos más complicados, su idea naturalmente, y aquí degenerarían en las zonas montañosas, dando lugar a los tipos sencillos.

La división en cuatro círculos ha sido vivamente criticada y sustituida por otros esquemas. Uno de ellos, el del profesor Martínez Santa-Olalla, admite una cultura que llama hispano-mauritánica y otra ibero-sahariense, indicando con estos nombres la relación con África, que el profesor Bosch también reconocía.

En cuanto a la atribución de cada una de las estaciones conocidas a un determinado círculo cultural, hoy es imposible intentarlo siquiera. Y si hace treinta años podía defenderse el occidentalismo, hoy el orientalismo ha vencido por completo.

Pero no se crea que con haber derribado el sistema anterior hemos ya alcanzado un esquema satisfactorio. Nos movemos en medio de grandes confusiones y dudas de todas clases, en una desorientación completa, siendo lo peor el que cada investigador ve el problema de manera distinta, sin que exista más que un número reducido de casos en que todos nos hallemos conformes.

Un breve índice de problemas o cuestiones a resolver bastaría para convencernos de nuestro conflicto.

¿Cuántas zonas con cultura peculiar hubo realmente en la Península? ¿Ha de admitirse una zona cultural portuguesa, o es por el contrario la faja meridional desde Almería a Lisboa lo que constituye una zona de intensa vida cultural con aportaciones orientales? ¿Hasta qué punto la cultura de Almería es fruto de la influencia africana y hasta qué punto es mediterránea con influencia oriental, egipcia o egea? ¿Cuáles son las primeras fases de la cerámica y qué contactos reales tuvo ésta con la cerámica norteafricana, que alcanza hasta el Sudán? ¿La idea megalítica ha llegado de una sola vez o en varias, en cuyo caso el dolmen sencillo puede ser anterior a los sepulcros más perfectos? ¿El vaso campaniforme es realmente español y nacido en Andalucía o no será mejor el reflejo de formas y decoraciones viejas en el Oriente mediterráneo? ¿Qué fases y caminos tiene? ¿Cuál es la verdadera distribución de los dólmenes? ¿Qué tiene que ver la cultura de las Mesetas con el Mediodía? ¿Qué supervivencias epipaleolíticas llegaron hasta el comienzo de la Edad de los metales? ¿Se conocía pri-

mero el cobre o llegó la metalurgia oriental en forma de conocimiento del bronce? ¿O pudo ser la metalurgia una invención aislada española? ¿Existe un pueblo pirenaico con personalidad cultural? ¿Cómo explicar el cruce de culturas en Cataluña? ¿Los dólmenes pirenaicos proceden de otros focos peninsulares o son reflejo, como su cultura, de focos del Sudeste de Francia?... Y supongo que me creeréis si os digo que preguntas semejantes podrían multiplicarse y que sobre todas ellas estamos desorientados.

Los problemas de la llamada época ibérica

Pero, diréis, cuando hayamos avanzado 1,500 años, cuando no tengamos que fiarnos de los datos arqueológicos únicamente, sino que contemos ya con la poderosa ayuda de algunas noticias literarias, las nieblas de la Prehistoria se harán menos espesas y algún criterio seguro nos será dado alcanzar. Errónea ilusión.

Examinemos lo que ocurre para la España del año 500 a.C. Hace ya siglos que llegaron los fenicios y que los griegos navegan hasta el extremo Occidente y los cartagineses se han constituido un dominio en el solar del antiguo reino de Tartessos. Tenemos los nombres de unos pueblos celtas e iberos, e incluso a través de un poema escrito mil años después, la *Ora Maritima*, de Rufo Festo Avieno, poseemos datos preciosos de la geografía de España en el siglo VI a.C., que confirman los escasos fragmentos conservados de Hecateo, uno de los primeros geógrafos jonios y uno de los primeros en la larga lista de sabios griegos. Los vestigios arqueológicos son tan abundantes que nos abruma. Los poblados son a centenares y aun a millares. ¿Cómo no pensar que ahora ya no habrá dudas, por lo menos en las grandes líneas de la reconstrucción histórica? Así lo hacían suponer las conclusiones a que hace veinticinco años llegaban los profesores Schulten y Bosch.

Pues no es así. Ni el papel de las colonizaciones está claro, ni sabemos qué oleadas europeas preceltas alcanzaron el país, ni si los celtas llegaron en una o varias oleadas, qué eran realmente en relación con los grupos de celtas europeos, qué relación existía entre ellos y los iberos, ni quiénes eran tales iberos, ni tan siquiera si hubo realmente iberos en el sentido de pueblo distinto de los celtas.

Por fortuna, en este discurso no pretendo ofrecer un esquema o una solución, sino sólo mostraros el lado negativo de la investigación presente. Ello me ahorra muchos quebraderos de cabeza y me permite discurrir despreocupadamente sobre el tema.

No creáis que exagero. Como necesitaría muchas páginas para tratar de todos los puntos, me fijaré sólo en el enigma de los iberos y de su cultura.

A los iberos les conocemos con dicho nombre a través de las fuentes greco-romanas. Éstas nos los sitúan en el Sur (comarca de Huelva) y en el Este desde el norte de Alicante hasta Cataluña por lo menos, donde estarían mezclados con otros pueblos, e incluso por el Sur de Francia hasta el Ródano. En las fuentes avanzadas los iberos ocupan el valle del Ebro y por allí llegaron a mezclarse con los celtas, dando origen a la población celtíbera.

Pero, claro está, las fuentes son con frecuencia corrompidas, incompletas, escuetas; los autores no siempre son de fiar, pues no conocen directamente lo que cuentan. No son explícitos respecto al carácter racial e independencia étnica de los iberos. Es posible que cuando los citan fuera de España, como mercenarios por ejemplo, entiendan por iberos a los españoles en general. No nos sirven, en una palabra, por sí solos, para reconstruir el pasado ibérico.

Los documentos arqueológicos son más numerosos y claros, no nos engañan. Pero, ¿cómo asegurar que un determinado tipo cultural corresponde a unas gentes incluídas en lo que los autores llaman iberos?

Por el área geográfica coincidente con la que los textos nos señalan, calificamos de ibéricos una gran multitud de poblados, santuarios y estaciones varias que nos proporcionan enormes masas de una cerámica característica, obras escultóricas, vestigios arquitectónicos, armas y objetos diversos, de metal principalmente. En el extremo norte del territorio se conoce una gran colonia griega con vida ya en el siglo VI a.C. De este siglo y aun anteriores son una serie de hallazgos griegos, como cascos y, sobre todo, figuritas de bronce que proceden del Sur, Sudeste y Baleares. De varias de las comarcas del Sur y Este, pero también por el valle del Ebro y otras extensiones occidentales, se conocen inscripciones (epígrafes de monedas, plomos escritos, inscripciones en cerámica, en piedra o bronce) en las que domina un alfabeto hasta el sur de la provincia de Valencia, mientras hacia el mediodía se encuentra otro, emparentado con el anterior pero distinto, que podemos calificar de tartesio. Todo este acervo lo incluimos generalmente dentro de lo que llamamos cultura ibérica, abarcando el territorio que de los textos parece poder atribuirse a los tartesios y la costa oriental, más propiamente ibérica. Por los textos y otros indicios sabemos que estas gentes tenían organización política, con reyezuelos a su frente y conocemos multitud de detalles de todos los aspectos de su vida. Algunas de sus creaciones superan el marco de interés del especialista para entrar en la categoría de obras de arte universal. Tal ocurre con la llamada Dama de Elche.

También en este punto hace veinticinco años se veían las cosas muy claras y se había montado sobre tales datos una complicada división geográfica y evolución cronológica.

Hoy nos damos cuenta de que hace falta excavar muchos poblados y necrópolis todavía antes de poder decidirnos en numerosos aspectos.

En primer lugar, nos hemos dado cuenta de que se había valorado en poco el papel de los celtas, que éstos llegaron a dominar gran parte de España y que influyeron tanto con sus tipos metálicos y su cerámica que muchas de las llamadas estaciones ibéricas presentan sus capas inferiores repletas de cerámica de tradición o influencia céltica. De ahí pasamos a considerar que antes del siglo IV no hay pruebas de que esa cultura ibérica existiera. Por tanto, ésta podría ser un fruto de la influencia cartaginesa o de la acción romana a partir de los últimos años del siglo III a.C.

Iniciado el retroceso en la visión cronológica, fácilmente se llega

a los mayores extremos, hasta el de considerar toda la cultura ibérica como de época romana y sus obras escultóricas como arte provincial romano. O bien pensar que lo ibérico no tiene sentido étnico sino geográfico y que los que llamamos iberos no eran otra cosa que grupos celtas. Excusamos aquí el aportar los argumentos que existen, y no son despreciables, en favor de estas teorías extremas. Sólo nos interesa en este momento exponer el contraste entre unas y otras ideas, contraste que imposibilita hoy por hoy el escribir honradamente y para el público profano o semiprofano, un resumen claro de lo que son los siglos inmediatamente pre-romanos.

Porque si las hipótesis de hace veinte años aparentaban conocer lo ignorado, las actuales dejan sin resolver una serie de cabos sueltos. Hay que explicar qué se hizo de la influencia griega que en el siglo VI a.C. y antes se ejerció en el Sur y Sudeste, cómo una cultura que surgiera alrededor del 300 a.C. pudo adoptar un sistema de escritura tan arcaico como es el llamado ibérico, el porqué de las diferencias de alfabeto y aún de lenguas que observamos en el Levante y Sur, las relaciones que algunos textos parecen ofrecer entre el vasco y el ibérico, y tantos otros enigmas que ya resulta excesivo indicar.

En cuanto a la cerámica, se creía que sus especies más ricas en el Sudeste, eran del siglo V a.C. y que allí nacía tal especie. Hoy se cree que las cerámicas más ricamente decoradas son las más modernas, en especial las de figuraciones humanas, que han venido a añadir tan ricos detalles a lo que sabíamos de la vida de los iberos. Se va acentuando la tendencia a buscar el origen de la cerámica ibérica en algunas especies griegas de Ampurias, es decir, se sitúa el foco de origen en el extremo opuesto del territorio y se invierte el proceso cronológico.

Sólo con el problema de la cerámica, con el del arte escultórico, apasionante por la indudable belleza de muchas de sus obras, y con el más enigmático y obsesionante de todos, el de los textos ibéricos, cuyo número crece continuamente y que ya se leen con certeza (los escritos en alfabetos del Nordeste-Levante) aunque sigan sin entenderse, tiene la investigación materia para elucubraciones y polémicas sin cuento.

Conclusión

Basta ya de afirmaciones y negaciones, lo dicho es suficiente. Como afirmábamos hace unos años respecto a la cueva del Parpalló: «Cuando se compara la sencillez y claridad del esquema anterior a la excavación del Parpalló con los titubeos de ahora para situar todas sus manifestaciones culturales en el marco cronológico y étnico adecuado, parece que hemos salido perdiendo y que en vez de aclarar las cosas las hemos complicado. Así es en realidad. En Prehistoria cada nuevo descubrimiento, al revelar perfiles que se hallaban borrados, complica el lejano cuadro. Y sólo muchos hallazgos homogéneos podrán rehacer la silueta perdida en la inmensidad del tiempo. Evitemos, pues, caer en el peligro de presunción. El tiempo fué tanto, que en él caben mil y una oleadas, invasiones, movimientos y creaciones y muertes culturales, de que acaso apenas tenemos idea todavía».

Cada día nos encontramos más ligados a las anteriores palabras.

Los años aumentan nuestro escepticismo respecto a la posibilidad de resultados definitivos en esta ciencia. El detalle que quisiéramos no lo logramos jamás, y para siempre, si no surge una inesperada y casi milagrosa técnica, serán un misterio el origen y movimientos de tantas razas y culturas que nos apasionan. Y sin embargo, ¡qué grandeza, qué atractivo, qué sugestión! ¡Cuántos horizontes descubiertos, cuántos esfuerzos humanos revelados! Sólo el permitirnos vislumbrar el abismo insondable de nuestros orígenes ya merece todos los dolorosos esfuerzos, polémicas, tanteos, decepciones de la legión de aficionados.

La Prehistoria comparte con la Astronomía el privilegio de ser ciencias que dan al hombre la sensación de su pequeñez, la primera en el espacio, la segunda en el tiempo. La primera, la sensación de pequeñez de nuestro planeta; la segunda, la sensación de pequeñez de nuestra cultura. Buen ejercicio, y necesario, de modestia frente a la vanidad en que fácilmente caeríamos ante las efímeras creaciones de nuestras técnicas.

No obstante, por contraste, Astronomía y Prehistoria, extremando nuestra pequeñez, acrecen nuestro orgullo. ¡Cuán divina ha de ser la chispa que brilla en nuestra mente cuando somos capaces de asomarnos y medir tales inmensidades! Contraste ineludible entre nuestra ambición de saber y la duda perenne en los resultados, entre los maravillosos descubrimientos y las desesperantes ignorancias. Ahí reside la grandeza y la miseria de la Prehistoria.

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. TOMÁS CARRERAS Y ARTAU

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

ILUSTRES SEÑORES.

SEÑORES ACADÉMICOS.

SEÑORAS, SEÑORES:

Un imperativo de la amistad y del más entrañable afecto me pone en el trance, para mí difícil y comprometido, de haber de contestar a uno de nuestros más ilustres prehistoriadores, auténtico prestigio internacional. Permitidme que, a guisa de preámbulo, os presente, entresacados de unas memorias universitarias inéditas, unos ligeros apuntes para la historia de la Prehistoria cultivada como ciencia en Cataluña y especialmente en la Universidad de Barcelona. Creo que la digresión no será ociosa, pues me ha parecido el procedimiento más adecuado para filiar, dentro de aquella moderna rama del saber, al nuevo recipiendario Dr. D. Luis Pericot y García.

Me es grato evocar, como título de mi intervención en este acto, el año 1922 en que, dentro del marco eficiente de nuestra Universidad de Barcelona, fué constituida la Asociación Catalana de Antropología, Etnología y Prehistoria. Dicha sociedad, según constaba en los Estatutos, estaba integrada fundamentalmente por tres seminarios universitarios, a saber: el de Antropología del profesor Dr. D. Telesforo de Arazandi, el de Prehistoria del profesor Dr. D. Pedro Bosch-Gimpera, y el Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña que, como anejo del seminario de la cátedra de Ética, había fundado, en 1915, quien ahora os dirige la palabra.

La Asociación Catalana de Antropología, Etnología y Prehistoria, siguiendo el ejemplo de alguna otra organización análoga de Alemania, al aunar los trabajos de aquellos tres seminarios componentes, se propuso un objetivo común: el estudio del hombre y de la cultura primitivos. Diversos azares han interrumpido la marcha de la Sociedad, cuya actividad científica queda patente en unos cuantos volúmenes de su Boletín, amén de otras publicaciones, y en un fructuoso intercambio intelectual realizado con otros centros de España y del extranjero. No todo, ni mucho menos, se ha interrumpido con el cese de actividades de aquella Asociación, antes bien podemos afirmar que su obra ha quedado incorporada, por diversos caminos, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el cual, providencialmente, a partir de nuestra postguerra, ha venido a remozar, intensificándola, la investigación en las Universidades españolas.

De todo aquel ingente esfuerzo colectivo que significa la mentada Sociedad, me interesa destacar ahora la labor de los prehistoriadores. En otra ocasión, como la presente, al contestar el discurso de recepción de un insigne compañero nuestro de Corporación, hice resaltar los méritos extraordinarios de la moderna escuela arabista española, con su dinastía de maestros —Codera, Ribera y Asín—, radicada principalmente en la Universidad de Madrid. Y estimo como un acto de estricta justicia proclamar, en este momento solemne, la importancia de la escuela de prehistoriadores de la Universidad de Barcelona, la cual, sin género de duda, tiene la primacía en España, pues ha sido plantel de un número considerable de investigadores que vienen actuando eficazmente en ese sector de la ciencia española, unos como maestros desde la cátedra, otros como directores o auxiliares de los museos, todos ellos entrenados en esa «disciplina de la azada» como se dice en el *argot* de la Prehistoria.

Impulsado por el mismo sentimiento de justicia, quiero añadir que la escuela prehistórica de Barcelona ha tenido sus precursores, especialmente entre los naturalistas, en aquel momento en que las teorías de Darwin sobre el origen de las especies y particularmente del hombre eran objeto, entre nosotros, ora de ciega adhesión, ora de las más enconadas contradicciones.

Formando parte del curso preparatorio de Ciencias, Medicina y Farmacia, funcionaba en la Universidad de Barcelona por los años de 1897 y 1898, o sea la época en que yo hacía mis primeros cursos universitarios, una cátedra de Ciencias Naturales, cuyo profesor titular era un hombre de gran actividad científica, bien relacionada con los centros internacionales, pero a la vez político militante y gran orador de mitin. Reuníanse normalmente en dicha cátedra unos cuatrocientos alumnos matriculados y tal vez más, amén de otros elementos no universitarios que allí acudían como se va a un espectáculo, ávidos de emociones. Ante ese monstruoso auditorio el profesor explicaba en tono oratorio, salpicado de intencionadas reticencias, las doctrinas de Darwin acerca del origen del hombre, en medio de las imprecaciones recíprocas del auditorio, dividido en dos bandos irreconciliables: unos aplaudían rabiósamente y otros silbaban hasta ensordecer, todo ello seguido de reyertas, a veces verdaderas batallas campales dentro y fuera del recinto universitario. Un elemento interesante introdujo el aludido profesor: las excursiones científicas, pero la finalidad primordial de las mismas quedaba desvirtuada con las segundas y reales intenciones de los alumnos de ambos bandos, los cuales acudían en tropel a inscribirse, convencidos de que el sacrificio monetario de la excursión equivalía a la aprobación segura en los exámenes. Salvo una cierta literatura doctrinal y polémica, de circunstancias, nada ha quedado en orden a la investigación concreta y positiva, de aquel período de agitación universitaria. Algún azaroso hallazgo paleontológico, calificado a la sazón de importante, no llegó a causar estado científico, pero fué subrayado por el vulgo ilustrado, zumbón y maldiciente, con anécdotas y rechiflas, que se hicieron famosas, acerca del origen verdadero de los restos or-

gánicos descubiertos, ni milenarios ni siquiera centenarios, según se puntualizaba con prolijidad de detalles y circunstancias.

Y sin embargo, fueron naturalistas, acuciados por la idea rectora del estudio del hombre fósil, no librescamente, sino ensayando ya la excavación más o menos metódica y la exploración espeleológica, quienes, aisladamente cada uno respecto de los otros, forjaron la llave de la Prehistoria catalana. Cuatro de ellos merecen especial recordación, y pronuncio sus nombres con profunda veneración y respeto, porque tuve la suerte de tratarles. Son: el farmacéutico don Pedro Alsius y Torrent (1839-1915), hombre de acendrados sentimientos religiosos, especie de patriarca bíblico, ejerciendo la profesión en su villa natal de Bañolas; el ingeniero de minas D. Luis Mariano Vidal y Carreras (1842-1922), gran señor, potentado munificente, docto coleccionista; el Dr. D. Norberto Font y Sagué (1873-1910), profesor de la cátedra de Geología en los «Estudis Universitaris Catalans», discípulo predilecto del geólogo Dr. Jaime Almera, fundador, en Cataluña, de la ciencia espeleológica, que, aliada con el excursionismo arriesgado, cultivó aquel profesor con éxito, auxiliado por un grupo de discípulos entusiastas, muerto en la flor de la juventud cuando el mundo docto tenía puestas en él las más fundadas y legítimas esperanzas científicas; en fin, D. Manuel Cazorro Ruíz (1865-1935), profesor de Historia Natural en los Institutos de Segunda Enseñanza de Gerona y Barcelona, quien, a una labor meritoria de cátedra, completada con la excursión formativa, unía una vocación sincera para la investigación amplia, sintiendo la necesidad del contacto solidario con arqueólogos, historiadores y aun numismáticos, con lo cual se acusa ya el paso de la Paleontología estricta al dominio específico de la Prehistoria.

Preciso es decir, sin embargo, que la organización sistemática de los estudios prehistóricos entre nosotros es resultado de varios hechos importantes y casi coetáneos, a saber: la inclusión de la cátedra de Historia primitiva del Hombre en el plan de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, la entrada en la Universidad de Barcelona del profesor Bosch Gimpera, la creación de un Servicio de Investigaciones Arqueológicas y la culminación de ello en la fundación de un Museo Arqueológico en Barcelona. Y hay que añadir que, felizmente, cátedra y museo no actuaron en nuestro caso como líneas paralelas o divergentes — lo cual, dicho sea de paso, ha constituido una de las tragedias de la ciencia española —, sino que la dirección de una y otro han estado en unas mismas manos, sin solución de continuidad, hasta nuestros días, primero en la persona del profesor Dr. Bosch Gimpera, hombre preparado y de ardorosa juventud proselitista, y a partir de la postguerra, en la persona del profesor Dr. Martín Almagro, cuyos conocimientos y arrestos inagotables son de todos bien sabidos. Esa línea de continuidad de estudio y de trabajo es lo que da derecho a proclamar la existencia de la escuela prehistórica de la Universidad de Barcelona, cuyo influjo va más allá del suelo peninsular, pesando ya su nombre, por obra de sus más conspicuos representantes, en el movimiento universal de la Prehistoria.

Uno de esos nombres eximios es el del profesor Dr. Luis Pericot, discípulo de Bosch Gimpera, pero él, a su vez, maestro de una serie de promociones, dentro de los cuales destacan algunos discípulos, hoy verdaderos maestros en el difícil y delicado arte de excavar. En medio de esa constelación de nombres ilustres de la escuela prehistórica de Barcelona, cada uno de los cuales brilla con luz propia, yo sintetizaría en un sólo epíteto la significación personal del profesor Pericot: le llamaría el *prudente*. Prudencia quiere decir, en este caso, espíritu crítico, parsimonia para no lanzarse a concepciones precipitadas, probidad científica exenta de todo linaje de vanidades, paciencia y espera para llegar a unos pocos pero seguros resultados.

Esa virtud preclara de la prudencia, indispensable al hombre científico, es, en nuestro recipiendario, un fruto natural de las excepcionales condiciones de su carácter. Pericot es un investigador nato, empujado por un instinto de curiosidad universal. Pocos sabrán que durante la fugaz existencia de un Seminario de Estadística, que funcionó en la Facultad de Derecho de Barcelona, hace bastante años, Pericot demostró aptitudes sobresalientes en esta interesante materia. Una circunstancia fortuita, el ser su buen padre, distinguido profesor y farmacéutico militar, amigo y compañero del eminente botánico Dr. Pío Font y Quer, le bastó a nuestro biografiado, establecido ya el doble contacto, para formarse como experto botánico, recolector de especies nuevas.

Todas estas condiciones intelectuales vienen realizadas por sus excelsas cualidades morales. Decir que Pericot es un hombre bueno, sencillo, modesto y afable no es decirlo todo. Su cualidad más atrayente es la dulzura de su carácter, reflejada en la sonrisa amable que ilumina su rostro. Digo más: Pericot es un hombre feliz, porque ha venido al mundo sin ambición externa de poder y de gloria, con el goce inefable de aprender y enseñar. Esa alegría interior se contagia a sus alumnos, quienes ven en él al maestro auténtico, que lo da todo sin esperar absolutamente nada, a diferencia de ciertos pseudo-maestros, que se reservan una especie de dominio eminente sobre sus discípulos, *ad maiorem magistri gloriam*.

Luis Pericot y García nació en Gerona el 2 de septiembre de 1899. Alumno de la Universidad de Barcelona donde cursó los estudios de la Sección de Historia, se doctoró en la de Madrid, en 1923. En 1925 ganó por oposición la cátedra de Historia antigua y media de España en la Universidad de Santiago, pasando en 1927 a la de Historia moderna y contemporánea de España de la de Valencia. De allí pasó, en 1933, a nuestra Universidad con el encargo de la enseñanza de Etnología. Suprimida ésta en uno de nuestros frecuentes cambios de plan, fué nombrado para la de Historia antigua y media de España. Ha realizado innumerables viajes de estudios en el extranjero, habiendo sido discípulo del abate Henri Breuil, el gran maestro de todos los actuales paleolíticos. Su actuación en congresos científicos ha sido constante. Destaquemos su participación, llevando la representación de España, en el I Congreso panafricano de Prehistoria celebrado en Nairobi (Kenia) en 1947 y en el III Congreso de Ciencias Antropológicas y Etnológicas

de Bruselas y en el de Prehistoria de Les Eyzies el pasado verano. Ha dado conferencias en Lisboa, Porto, Londres, Edimburgo, Cambridge y El Cairo. Su actuación le ha valido el formar parte de diversas entidades científicas, y así es académico correspondiente de la Historia, del Centro de Cultura valenciana, de la Asociación de Arqueólogos portugueses, de la «Hispanic Society», de América, miembro del Instituto Arqueológico alemán y miembro honorario de la Real Sociedad Antropológica de Gran Bretaña.

Es comisario provincial de Excavaciones de Gerona, subdirector del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, colaborador del Instituto Diego Velázquez y consejero del Patronato J. M. Quadrado del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y uno de los fundadores del Instituto de Estudios Gerundenses, del cual es vicepresidente. Forma parte del Comité español de los Congresos internacionales de Ciencias prehistóricas y protohistóricas, y de los de Ciencias Antropológicas y Etnológicas y del Comité del Instituto de Estudios ligures. Y ha de perder buena parte de su tiempo en las tareas burocráticas de la Secretaría de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, que desde largos años ejerce con satisfacción unánime.

Lleva ya treinta años realizando trabajos de excavación en diversos yacimientos españoles. Prescindiendo de exploraciones menores y limitándonos a las más importantes, citaremos las excavaciones en dólmenes ampurdaneses, en las cuevas del Montgrí, donde descubrió, junto con Matías Pallarés, la cultura asturiense en Cataluña, los yacimientos paleolíticos de Serriñá, los poblados ibéricos de Castell (La Fosca) y Ullastret, el castro de Bagur, etc., todo ello en la provincia de Gerona. En Galicia se le debe la excavación del importante castro de Troña en Pías. En la región valenciana, ha realizado, al lado de D. Isidro Ballester, una labor intensa desde la creación, en 1927, del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial. Algunas de las excavaciones realizadas allí han transformado la Prehistoria española. De ellas el profesor Pericot ha dirigido las siguientes: varias campañas en el poblado ibérico de la Bastida de Mogente; tres campañas en la Cueva del Parpalló (Gandía), campañas desde 1932 a 1940 en el poblado de San Miguel de Liria, con hallazgo de sensacionales inscripciones y cerámicas ibéricas, cuatro campañas en la Cueva de la Cocina de Dos Aguas, tres campañas en la Cueva de las Mallaetas (Barig), que es la que, en la actualidad, ocupa sus vacaciones. Sin contar multitud de otras estaciones descubiertas y exploradas en aquella fértil comarca, que no llegan a revestir la importancia de las citadas. La visita al Museo de Prehistoria de Valencia es el mejor exponente de la intensa labor realizada en veinte años.

No voy a cansaros leyendo la lista de sus publicaciones, de sus numerosos artículos y notas sobre temas prehistóricos insertos en diversas revistas nacionales y extranjeras y de sus traducciones. Citaré como más destacadas: *Las razas de América*, *Los pueblos de Sudamérica*, *La América indígena*, de la que ha publicado el tomo I y prepara los dos si-

guientes y que fué galardonada con el «Premio Duque de Loubat» de la Real Academia de la Historia; varios manuales de Historia antigua; *La Prehistoria de la Península ibérica*, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*, *Barcelona en la antigüedad*, *La España primitiva y romana*, volumen primero de la Historia de España editada por el Instituto Gallach bajo su dirección. De esta importante obra está preparando ya la tercera edición.

Pero quiero referirme a dos de sus obras, que bien lo merecen por su extraordinaria importancia. Una es la intitulada *La cueva del Parpalló*, que obtuvo el Premio Martorell en el concurso internacional del año 1942, de la Fundación de aquel nombre. Por razón de mi cargo de Delegado de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona y en virtud de lo dispuesto en la Fundación, tocóme presidir el Jurado, y puedo decir que la otorgación del premio al Dr. Pericot fué unánime y absoluta. El profesor Dr. Adolfo Schulten, miembro del Jurado y que no pudo asistir al acto, decía en su dictamen: «Este libro presenta un material completamente nuevo y ganado por excavaciones que no han podido ser más escrupulosas y metódicas, resultando de ellas un progreso importante para las culturas prehistóricas y su clasificación. Este libro es un modelo de investigación prehistórica». A lo cual se puede añadir —así se desprende entre líneas del Discurso que acabáis de oír— que ha venido a alterar esencialmente el cuadro etnológico primitivo de la Península Ibérica.

De ese impresionante y sugeridor discurso, obra de madurez, quisiera decir algo a guisa de comentario. En él queda establecido el dominio propio de la Prehistoria, deslindada de la Etnología, emancipada, por otro lado, de las Ciencias Naturales, con las cuales ha de mantener, sin embargo, indispensables relaciones. En sus albores, esto es, durante buena parte del siglo XIX, la Prehistoria es un capítulo de la Antropología o ciencia natural del hombre, y el peldaño más alto de la Historia Natural. Los términos han cambiado gracias a la intervención de los arqueólogos y los historiadores. Hoy la Prehistoria es concebida como los comienzos de otra Historia muy diferente: la Historia de la Cultura, con lo cual las Ciencias Naturales pasan a ser ciencias auxiliares. Por eso, el punto de partida y los métodos han de ser diferentes. Punto de partida de la Prehistoria es la presencia del *Homo sapiens* en los estratos y yacimientos terrestres. Y sin negar la importancia del estudio del hombre fósil, lleno de enormes dificultades, el conocimiento del hombre primitivo se alcanza —indirectamente, pero de un modo más seguro— a la vista de las formas plásticas rudimentarias o elementales de la cultura: la vivienda y los enterramientos, los utensilios, las armas ofensivas y defensivas y las manifestaciones del arte, ligadas a las creencias mágicas o religiosas. Todo ese mundo disperso y desarticulado de objetos mudos ha sido creado por el hombre y es muestra de los primeros destellos de la inteligencia humana. Con razón había anticipado el gran Vico, en su *Scienza nuova*, que la historia del mundo civil de las naciones (es decir, de la cultura), no es más que la historia de las modificaciones de la mente humana. Mentalidad y cultura son, en efec-

to, dos aspectos inseparables: son como el anverso y reverso de una misma medalla.

La incorporación de la Prehistoria a las ciencias culturales, que son ciencias del espíritu, ha aportado los carriles por donde deben discurrir todos los esfuerzos para el estudio del hombre primitivo y sus formas materializadas de vida. Y no se nos diga que el hombre primitivo es el hombre de la Naturaleza. La denominación de hombres y pueblos naturales (*Naturmenschen, Naturvölker*), acuñada por los prehistoriadores y etnólogos alemanes, debería ser desterrada del léxico científico. Verdad es que el hombre prehistórico está enormemente más ligado a la Naturaleza que el hombre civilizado, y que las extremadas condiciones del clima y de la Geografía, en las remotas edades del mundo, explican las constantes emigraciones de las razas humanas, hasta un punto que hoy nos es difícil comprender; pero no es menos cierto que ha sido el hombre quien, gracias a su inteligencia, ha ido venciendo todas las dificultades, acabando por triunfar sobre una fauna terrible y poderosa, hecho éste inexplicable en un mundo totalmente animal. El proceso del señorío del hombre sobre el mundo de la Naturaleza es el mismo proceso de la cultura. Esos comienzos, verdaderamente épicos, de la cultura, que llenan largos milenios, con sus héroes innominados, constituyen la trama dramática de la primera parte del Discurso. Ella nos alecciona decididamente acerca del valor real de la Prehistoria como ciencia bien constituida y de grandes posibilidades. Nos enseña también que obras de gran resonancia, como la *Filosofía de la Historia Universal* de Hegel, pongo por caso, consideradas como los inicios de esas nuevas disciplinas denominadas Historia y Filosofía de la Cultura, resultan hoy achicadas e incompletas: les faltan los primeros capítulos, esto es, la primera, la más larga y la más esforzada epopeya humana. Con frase luminosa nos lo ha dicho el Dr. Pericot: «La Historia, incluso cuando ha creído ser gran Historia, suele ser pequeña Historia».

La segunda parte del Discurso, de carácter crítico, nos presenta las dificultades enormes con que tropieza el prehistoriador: dificultades provenientes del objeto, de los métodos y de la triste condición humana. Es «la miseria de la Prehistoria».

Tengo para mí que una de las causas del descrédito de la Prehistoria —dejo de lado hechos inconfesables, como el escándalo de Glozel— ha sido la excesiva confianza puesta desde el comienzo en la nueva ciencia del hombre. En este punto, ha sido funesta la denominación de ciencias *positivas* introducida por A. Comte. Para el fundador del Positivismo, padre del cientismo moderno, el adjetivo *positivo* es sinónimo de seguro, infalible. Afortunadamente, el llamado movimiento crítico de las Ciencias ha rebajado mucho, a veces con exceso, la fe absoluta en el valor de la Ciencia, mostrando cómo las Ciencias Naturales, y las Físico-químicas, sin excluir a las Matemáticas, no pueden dar un paso seguro sin valerse de hipótesis variables o de postulados convencionales, con apelación, en último resultado, a los hechos primarios de la naturaleza humana. Perturbador ha sido también para la marcha normal de la Prehistoria el uso *a priori* de principios rectores, tales como el del pro-

greso indefinido de la Humanidad, resabio del «periodo de las luces» (siglo XVIII) o el de la evolución trascendente y en sentido rectilíneo que informa el proceso de las Ciencias Naturales durante el siglo XIX, y de rechazo, a la ciencia prehistórica.

Señala el Dr. Pericot, como defecto inherente a la ciencia prehistórica el que se le escape la parte mejor del hombre, la parte espiritual. Tal vez el pesimismo en este punto no esté del todo justificado. Antes he hablado de los objetos mudos de la Prehistoria. Pero el prehistoriador y todo hombre sensible leen y adivinan certeramente a la vista de esos objetos, los cuales, en virtud de la comunión establecida, se convierten en objetos parlantes. Una visita detenida a las cuevas de Altamira, por ejemplo, es algo impresionante para el hombre medianamente preparado. Nótese que las pinturas rupestres del hombre primitivo han inspirado, en nuestros días, a un cierto arte de vanguardia, haciendo bueno —dicho sea de paso— aquel símil irónico de la civilización, representada por una serpiente mordiendo la cola. Señalemos, al efecto, que la Prehistoria, privada del documento escrito, viene a ser algo así como una ciencia indiciaria, o mejor, policíaca, del hombre primitivo. Y apresurémonos a advertir que uno de los grandes desarrollos de la Psicología contemporánea es la creación de la ciencia policíaca, cuyos éxitos sorprendentes han trascendido a la novela y al cine. El delincuente moderno, aprovechando todos los recursos de la civilización, se ha formado un arte personal de hacerse inaudible e invisible, o por decirlo en una palabra, inexistente. Este hombre infrasocial, guarecido también en sus antros y en lucha a muerte con un mundo civilizado, potente y superior, ofrece semejanzas aprovechables desde el punto de vista de la investigación pura, con el hombre prehistórico.

Los nuevos estudios sobre la mentalidad primitiva pueden ser un eficaz auxiliar de la Prehistoria, supliendo la falta del documento escrito. Hacía notar, en un trabajo publicado en 1912, que «primitivo» aplicado a la mentalidad, es un concepto psicológico antes que histórico, y añadía: «primitivo» es sinónimo de «simple», esto es, de un conjunto de aptitudes primarias, que pueden considerarse como el punto de partida de un despliegamiento gradual de actividades. Por eso, hacía entrar, dentro del concepto de mentalidad primitiva, la mentalidad del hombre prehistórico, la del salvaje, la del hombre folklórico y la del niño. El paralelismo entre estas cuatro mentalidades, tomadas las debidas precauciones, lo estimo correcto y congruente. Lo es especialmente el paralelo entre el hombre prehistórico y el niño, a pesar de que Wundt rechaza la intromisión de este último, porque, según él, el niño está sumergido ya en la civilización. Esto no es del todo exacto: según investigaciones hechas a base de dibujos espontáneos en la pizarra, completados con interrogatorios y que tenemos recogidos en el Archivo de Etnografía, a que aludí al comienzo, el niño dibuja como el hombre prehistórico y como éste elige, con preferencia, temas esencialmente dinámicos: el ferrocarril, el automóvil y el avión, que considera no como artefactos de la técnica que nada le dicen, sino como animales vivientes y que corren velozmente, análogamente a las fieras que cazaba o perseguía el hombre

prehistórico, perpetuadas en las pinturas rupestres. Reconozco que esa clase de estudios, todavía en embrión, requieren especiales aptitudes y que es peligroso lanzar precipitadamente fórmulas demasiado simplistas, como la de Lèvy-Bruhl, sociólogo cargado de ciencia libresca, cuando afirma que la mentalidad primitiva es prelógica y mística.

El discurso del Dr. Pericot, en fin, por su profundidad nos eleva a un plano de meditación filosófica. ¡Grandeza y miseria de la Prehistoria! Grandeza y miseria de la inteligencia humana, podría añadirse. La lectura final del mismo nos deja en el ánimo un poso de optimismo y depresión, de alegría y tristeza, de fuerza y debilidad, de luz envuelta en tinieblas. Nos evoca el símil de la caña pensante con que Pascal definía al hombre, y nos recuerda aquellas memorables palabras de Balme cuando dice que la Filosofía —y bien podemos decir las demás ramas del saber humano— muchas veces no es más que «el conocimiento científico de nuestra ignorancia».

Mi felicitación esusiva —y aun fraternal, rompiendo con el protocolo— al Dr. D. Luis Pericot y García, y también a la Real Academia de Buenas Letras por el alto acierto de su designación.

Hé dicho